Angelina Muñiz-Huberman

HUERTO CERRADO

Premio Xaxier Villaurrutia 1985

ISBN: 978-607-9130-16-9

Angelina Muñiz-Huberman

HUERTO CERRADO
HUERTO SELLADO

Premio Xaxier Villaurrutia 1985

Editorial Grupo Destiempos

Huerto cerrado, huerto sellado

© 2011- Angelina Muñiz-Huberman
Derechos reservados
© 2011- Editorial Grupo Destiempos

Grupo Destiempos S. de R. L. de C.V.
Av. Baja California 245 Piso 11
(06170) Col. Hipódromo Condesa
México, Distrito Federal.
www.grupodestiempos.com

Primera edición electrónica: Diciembre de 2011
ISBN: **978-607-9130-16-9**
Versión PDF: en www.grupodestiempos.com

Ninguna parte de esta publicación, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo por escrito de la editorial.

EDITADO EN MÉXICO, DISTRITO FEDERAL

“Es claro que por muy diferente del real que se imagine un mundo, debe tener algo —una forma— en común con el mundo de lo real.”
Ludwig Wittgenstein, Tractatus Logico-Philosophicus, 2.022.

Todos los tiempos y todos los lugares confluyen en una escritura luminosa que acerca lo lejano y hace nuestro lo ajeno. En medio de la destrucción, *Huerto cerrado, huerto sellado* recuerda el paraíso al inventarlo; opone la libertad, el amor, el conocimiento, a la crueldad y la violencia que nos rodean por todas partes.

José Emilio Pacheco

A Lois Parkinson Zamora

I. SOBRE EL UNICORNIO

Quienes vieron el unicornio fueron lo suficientemente necios como para describirlo, como para pintarlo, como para bordarlo en preciados tapices. O peor aún, condenarlo a cautividad. No pudieron conformarse con la mental imagen pura; fue necesario ver, palpar, representar, desmenuzar, destruir. Y sólo así lograr la satisfacción, el placer del ínfimo deshoja-miento último. Pecar en vano: no atreverse a descifrar la reflexión interna y, en cambio, atrapar desesperadamente el mundo de la realidad y plasmarlo en inútiles equivalencias.

Por eso, se dijeron muchas cosas del unicornio. Buenas y malas. Blanco y puro, de líneas esbeltas, como árabe alazán o ciervo de la espesura, su tallado cuerno marfileño obligaba al cuello a un suave arqueo que ponía en tensión los ágiles músculos. Si corría, sus veloces patas no necesitaban apoyarse en terreno alguno. Su blancura, casi transparente, recogía y reflejaba la luz del sol o la luz de la luna, y quien se atrevía a mirarle, rápido apartaba la mirada o con gesto instintivo cubría los ojos. Para siempre quedaba marcado y una luminosidad en la frente lo hacía hermano en la blancura, inquieto en el caminar azaroso, con frecuencia embebido en lejanas meditaciones, separado de los quehaceres terrenales y, la cabeza elevada, en busca de un fulgor desaparecido.

Los demás, que no comprendieron la afinidad y temieron la actitud extraña y la ascensión a otro mundo, fueron quienes tramaron la captura y muerte del unicornio. Los incrédulos necesitaban ensangrentar sus manos, ofender para recibir el perdón.

Ensillaron sus corceles y batieron el bosque, fatigaron los prados y peinaron los aires de la sierra. Inútilmente, ingenuamente. Que el unicornio no iba a dejarse atrapar sin lucha, sin habilidad.

Tanto encarna en sí el unicornio que por fuerza ha aprendido a escapar o a ser otro por metamorfosis. En la naturaleza puede ser o confundirse con ciervos, caballos, jóvenes búfalos, rinocerontes o narvales, asnos, dragones o escarabajos, y hasta transformarse en una paloma blanca. Para los alquimistas es símbolo del mercurio, de lo cambiante, de la falta de contornos precisos, de hermafroditismo. Su forma volátil, el *Spiritus,* constituye un paralelo del Espíritu Santo. Es de doble esencia y paradójico. Si se representa acostado bajo un árbol es símbolo del *spiritus vitae* e inicia la resurrección. Es también atributo del oro. Es alegoría de Cristo y muere en el regazo

de la virgen.

Pero su antigüedad es mayor y como imagen del mundo es reflejo religioso que proviene de los *Salmos:*

"Sálvame de la boca del león, y óyeme librándome de los cuernos del unicornio."

"Voz de Jehová que quebranta los cedros; y quebrantó Jehová los cedros del Líbano. E hízolos saltar como becerros; al Líbano y al Sirión como hijos de unicornios."

"Empero tú ensalzarás mi cuerno como el de unicornio: seré ungido con aceite fresco."

En el *Talmud,* es más lejana aún la existencia del unicornio, desde la época del diluvio. Por el cuerno atado al exterior del Arca fue salvado, que adentro no cabía.

Moisés también conoció de él:

"Dios los ha sacado de Egipto; tiene fuerzas como de unicornio."

"Él es aventajado como el primogénito de su toro, y sus cuernos,

cuernos de unicornio: con ellos acorneará los pueblos juntos hasta

fines de la tierra."

Y la pregunta imposible que se hace Job:

"¿Atarás tú al unicornio con su coyunda al surco? ¿Labrará los valles en pos de ti?"

Grandes errores de traductor seducido, toro salvaje se convirtió en unicornio inalcanzable. Que así también se place en confundir el unicornio escurridizo.

Gusta, por demás, de viajar a tierras extrañas. Y así, un buen día, aparece en China. Según el *Li Ki* está entre los cuatro animales espirituales, junto al ave fénix y a la tortuga y al dragón. Es el unicornio elevado de cuerpo, como una corza, con cola de toro y cascos de caballo. Su lomo es de cinco colores y el vientre amarillo. Es bondadoso y se deja ver cuando nace un gran gobernante o un sabio que habrá de ser venerado. El primer unicornio apareció en el jardín del Emperador Amarillo y otro más anunció el nacimiento de Confucio. Pero ay del emperador o del sabio si el unicornio es herido, porque el presagio será de muerte.

También en India y Persia ha sido visto. En los himnos del *Atharva Veda* su cuerno resplandece y libra de enfermedad hereditaria. Es a veces el pez de Manú que tiene un solo y largo cuerno, y es otras la reencarnación de Vishnú. En el *Ramayana* y en el *Mahabharata* hay un ermitaño, hijo del unicornio, que es salvado

por una doncella, o perdido por una cortesana, para conjurar la sequía que asuela la tierra.

En el libro persa *Bundahis* el unicornio alude a las monstruosas transformaciones de la primera materia:

"En lo que respecta al asno de tres patas, dicen que se encuentra en medio del ancho océano y son sus patas tres, seis sus ojos, nueve sus bocas, dos sus orejas y uno su cuerno; tiene cuerpo blanco, su alimento es espiritual y él es justo. Y dos de sus ojos están en la posición de los ojos, pero dos en lo alto de la cabeza, y dos en la posición del lomo; con la agudeza de esos seis ojos domina y destruye. De las nueve bocas, tres están en la cabeza, tres en el lomo y tres en la parte interior de los ijares; y cada boca es aproximadamente de las medidas de una cabaña y él mismo es grande como el monte Alvand. Cada una de las tres patas, cuando se asienta en tierra, es tan dilatada como un rebaño de mil ovejas cuando están echadas todas juntas; y cada articulación es tan grande que mil hombres con mil caballos, pueden pasar por debajo de ella. En cuanto a las dos orejas abarcarán a Mazendarán. El cuerno es como de oro y hueco, y de él crecieron millares de ramas; algunas como para un camello, algunas como para un caballo, algunas como para un buey, algunas como
para un asno, y al propio tiempo son grandes y pequeñas. Con su cuerno vencerá y disipará toda la vil corrupción debida a los esfuerzos de perniciosas criaturas."

Muchos santos y hombres de la Iglesia hablan del unicornio, Tertuliano, Basilio, Ambrosio, Nicolaus Caussinus, Rupertus, Bruno Herbipolensis, San Alberto el Magno. Dice Honorio de Autun en su *Speculum de Misterii Ecclesiae:*

"Se llama unicornio al animal muy salvaje que sólo tiene un cuerno. Para capturarlo se deja en el campo a una doncella, a la que luego el animal se acerca, y mientras se le apoya en el regazo, es capturado. Se representa a Cristo por medio de este animal y, mediante su cuerno, la insuperable fortaleza de Cristo. El que se posó en el seno de la virgen fue capturado por los cazadores; esto quiere decir que aquellos que lo aman lo encontraron en forma humana."

Y bien, el círculo se cierra, y el unicornio entrevisto por los sediciosos cazadores de pasiones sublevadas, emprende la huida hacia angostas espesuras. El acoso es implacable, lento, tenaz. El ansia de libertad vuela, extiende sus alas, da fuego a sus cascos, eleva su alegría. El odio destruye, corroe, ciega. La blancura ilumina, refleja, es alba de buen día. La envidia paraliza, opaca, aletarga. El ágil músculo salta obstáculos, pone en tensión la

energía, lleva en sí la sobrevivencia. Los cazadores van cercando el espacio. Tragan tiempo y devoran claros del bosque. Apartan ramas con la mano y evitan pisarlas con el pie. Hacen del silencio su aliado, de la flecha su delito, de la ponzoña, muerte.

Alterna su atento oído el unicornio y concentra su inteligencia en la vista. Pone a prueba su agudo olfato y se vale del más tenue indicio del instinto y la premonición para saber en qué momento escapar y en qué resquicio de la espesura o de la grieta de la cueva esconder su prodigiosidad.

Los cazadores disparan y las flechas no se clavan en su cuerpo. Los ríos de sangre que quisiera ver la concupiscencia de los cazadores no empapan la blancura del unicornio. El unicornio desaparece sin dejar rastro. Los cazadores se recriminan y redoblan su odio sacrílego. El unicornio relincha y ecos de pared de cristal devuelven mil aristas de sonido repetido. Campanas de plata repican por las copas de los altos pinos. Gotas de agua rebotan sobre verdes hojas. Luego el silencio todo lo calla.

No se sabe dónde ha ido a parar el unicornio. Cazadores del alma sacan de sus aljabas flechas confundidas que, a diestra y siniestra, se clavan en pequeños cuerpos inermes de animalillos del bosque. Queda el campo como batalla no correspondida, que la sangre corre y empapa la tierra para que ya no vuele el pájaro, ni trepe la ardilla, ni la liebre corra. Tanta leve vida malgastada, corrompiendo el aire, emplazando al hombre.

Cristales llora el unicornio y desciende por la ladera de la montaña en busca de la flecha que acabe con el dolor del bosque profanado. Abajo le espera la doncella que, inquieta, quiere protegerle en su regazo.

Le ofrecerá la cautividad y pondrá la mano sosegadamente sobre su cabeza. Inclinará el cuerno, doblará las patas y se humillará ante ella el unicornio domado.

II. EN EL NOMBRE DEL NOMBRE

Abraham de Talamanca mucho meditó en la palabra de Dios, antes de tomar su decisión. Había estudiado signos y señas del mundo. Leía y releía el Gran Libro y buscaba la revelación. En algún lado hallaría la palabra divina. Su desasosiego era denso: ese no saber qué, salvo que la respuesta está ahí, y no poder encontrarla. No que el mundo sea mudo, sino no entender su lenguaje. No que Dios calle, sino no oírle. Y seguir buscando y el tiempo, mientras, pasando. Tener una certeza que no se aclara, una verdad que no se prueba. Un sonido que no suena. Un color que no se pinta. Una palabra que no se descifra. Un pensamiento que no se expresa. ¿Qué es entonces lo que se tiene? ¿Cómo se puede vivir de incertidumbres,
de adivinaciones, de presentimientos?

Abraham de Talamanca siente que sus ideas dan vueltas y revueltas
en el pequeño e infinito caos de su mente. Flechas se disparan dentro de su cabeza y, a veces, la toma entre sus manos porque el peso es mucho. Y luego viene el dolor. Empieza el dolor por los ojos que, como luz del entendimiento, tanto abarcan y tanto sufren. Quien no ve no llora. Quien no llora no duele. Espada clavada a la mitad del cráneo. Dolor que ha hecho feudo de arterias y látigo de nervios y tormento de músculos. Abraham que ama la luz, huye a la oscuridad; que busca el lenguaje, huye al silencio. El dolor aprisiona media cabeza, mientras la otra media cabeza libre se desespera por ser lúcida. Pero la batalla nunca la gana, el dolor reina y con las manos Abraham cubre sus ojos: nada de luz, nada de palabras. Y pierde así días que se le vuelven noches y noches del alma cada vez más oscuras.

Y la respuesta sigue sin surgir. Luego de treinta días de dolor constante de cabeza en que la parte alternante ya tampoco descansaba, fue que tomó la decisión. Saldría en busca del Sambatión, río lejano de la Tierra Prometida, río que corre seis días a la semana y que descansa el sábado; o bien, al revés, que sólo corre el sábado y descansa seis días. Horrísono ruido de río rodado que arrastra piedras, no agua, y arena, y que al séptimo día queda en total silencio y se cubre de nubes. Río que para quien lo atraviese, guarda del otro lado el paraíso donde habitan las Diez

Tribus perdidas. Si lograra llegar, Abraham el talmantino, y si lograra atravesarlo.

Dejaría sus libros, el estudio, los rezos, las meditaciones. Probaría
sendas y atajos de romeros y peregrinos, de soldados y vagabundos, de mercaderes y aventureros. La tranquilidad y la cordura las perdería por el camino. No ser reconocido y perderse entre los demás. Perderse para, a solas, más profundamente encontrarse. Y con el fresco de otros amaneceres y el polvo de lejanos lugares olvidar esa búsqueda del no sé qué. Respirar a pleno pulmón aires de la sierra y aires marinos. No pertenecer a nada ni a nadie. La absoluta libertad de quien sólo se tiene a sí. Probar, alguna vez, ser Dios. Imposibilidad de ser uno; siempre el desdoblamiento; siempre la presencia divina. Hablo conmigo y me contesta Él, chispa de la eternidad. ¿No se puede estar a solas? ¿La absoluta soledad? No, no, no. Siempre aparece, Él, Dios, el sin nombre, el buscado, el deseado, el nunca encontrado, el que nos obliga a la perfección. Por eso salimos por los caminos, con Abraham de Talamanca, en busca de lo inhallable.

Abraham prepara su partida, ligero de equipaje y lleno de sí mismo. El dolor ha desaparecido. Ahora sabe lo que busca, busca el nombre de Dios y éste aparecerá cuando cruce el río último, al final de la larga jornada. Busca el significado de la palabra, lo que hay más allá de la pregunta. Y no puede conformarse con la imprecisión del signo. La difícil conexión entre las cosas y su nombre. El pretender encerrar en el espacio de una palabra la idea de perfección, de unicidad, de infinito, de creación, de plenitud, de bien supremo. Dios es un signo convencional. ¿Cómo encontrar su verdadera esencia? *Baruj ha-shem.* Bendito sea el Nombre.

Ir poco a poco acercándonos a la inmensidad. Lentamente uniendo los eslabones de la cadena. Más lentamente ascendiendo por la escala de la luz. Perdernos en el reflejo parcial y roto de mil espejos contrapuestos. Y, sin embargo, aspirando siempre a subir más y más alto. Ese ansia de volar, sólo en sueños cumplida. Escalar la montaña. Llegar a la cumbre de aire puro y cielo azul. Abajo los mares y los ríos y los lagos.

Por campos abiertos y huertos cerrados, por sendas y atajos, hacia lo alto y lo bajo, se extienden las rutas de Abraham el caminante. Y cuando ya la tierra se acaba y la arena es frontera con el agua, surcar las aguas y provocar frágiles espumas y suaves ondas que, con discreción, borran sus vanas huellas. El sol que se da el lujo de la inmensa cerúlea cuna, y luego, la de las cuatro fases también. Cuando ya el mar pierde su libertad y altas rocas lo obligan a replegarse y encerrarse en sí, de nuevo el pie del caminante se apoya en el fatigado polvo, tantas veces hollado, tantas veces trasladado.

En Tierra Santa no sólo poner el pie, sino la mano y llevar el fino polvo a los labios y besarlo. Entonces, iniciar apenas la peregrinación. Ojos, pies, manos y

labios ávidos. Que si la antigua tumba, que si la roca dorada, que si las piedras del desierto. Y luego, hacia el norte, en busca del Sambatión. En busca de la palabra revelada.

Pero el río es espejismo. Aparece y desaparece. Se seca y se inunda. Suena y no suena. Está cercano y se aleja para siempre. La esperanza, por años detiene a Abraham. Después la certeza le retiene. Mientras, la palabra ha sonado, sabe que está ahí, da vueltas y revueltas dentro de él: como la sangre se distribuye por todo el cuerpo, y le va llenando y llenando. Le nutre, le alimenta, le da vida. No tiene forma, se adapta al receptáculo. Circula libre, es perfecta, es tersa. Es única.

Ya no habla Abraham. Ya no escribe. La Palabra ha eliminado las palabras. El Nombre es. La Revelación no puede ser transmitida. El silencio todo lo llena y alcanza su forma exacta.

Abraham ha dejado de buscar el Sambatión. El nombre del Nombre corre por sus venas.

III. EL SARCASMO DE DIOS

Sabe el alquimista que no podrá llegar a tiempo. Su amplia capa de parda lana ondea por el aire frío de la sierra. Con la capucha se cubre la cabeza y es un alivio sentir un poco de tenue calor. Abajo quedó la torre de la ermita, y si suenan las campanas el sonido le llega lejano y un tanto cuanto distorsionado. Pero es buena cosa y es consuelo escuchar el sonido de las campanas. Es la prueba de que algo quedó en su lugar y que habrá de esperar su regreso. Es también la señal de lo estable, y del perdón y del olvido.

Quisiera llegar a tiempo, el' alquimista, pero el tiempo es materia relativa, es ente abstracto, asidero huidizo, fórmula insoluble. Sabe el lugar exacto de la reunión, el claro del pinar y el río en la hondonada. Sabe también que será noche de luna, y sabe quiénes habrán de estar. El resto no importaría, si no fuera porque sabe algo más, el alquimista. Por eso es necesario que llegue a tiempo y el tiempo vuela con aire contrario y a él se le escapa y a los otros le llega. Para él es vida y para los otros es muerte.

Tardó mucho en hallar la respuesta. Sus cálculos fueron lentos y a veces equívocos. No siempre hubo noches claras y la conjunción de las estrellas no fue precisa. Sabía que algo iba a suceder y algo que habría de cambiar la historia de los hombres, y que él solo tenía la clave. Esa clave, que en vagas señales, por dondequiera que iba o en cualquier cosa que pensara, se le aparecía indescifrable, era su constante obsesión. Interrumpió sus estudios en busca de la Materia Próxima y un día dejó que se le apagara el atanor. Los libros se empolvaron y redomas y retortas quedaron abandonadas sin lavar; el fuelle, inútil y desairado, en un rincón. Capas de olvido cayeron sobre capas de polvo. Y él seguía con una idea inmóvil: algo iba a pasar y él lo habría de evitar.

Por eso, corre con paso precipitado por las veredas apenas desgastadas que llevan en los bosques a atajos y a lugares imprevistos. Por eso, él tiene que llegar antes, reconocer al Caballero y avisarle del peligro.

Duda que pueda lograrlo y mientras más duda, más rápidos son

sus pasos y más se acelera el palpitar de su corazón y más fuerte es su jadear. Mientras más corre el tiempo y más avanza su camino, mayor es la certeza de la inutilidad de ir contra el hado y las estrellas. Todas las predicciones se cumplían, ¿por qué ésta no?, ¿por qué él había podido descifrar los signos? Pero, ¿no había sido demasiado tarde? ¿No era como un reto y una prueba más de que el vaticinio se cumpliría?

Que un solo mortal tuviera la clave de Dios era indicio de su total grandeza y de su inevitabilidad. El alquimista había alcanzado el conocimiento último, que era intransmisible, y no podría alterar su cronología. Era lo mismo que si no hubiera logrado nada. El alquimista se sentía pequeño y humilde, sin sentido e insignificante. Todas las cualidades divinas, que por único esfuerzo humano él las había comprendido, se volvían sus opuestas. La omnipresencia era imposible ya que le ataba el camino por entre piedras y ramas. La omnipotencia se le volvía impotencia. Y la omnisciencia, por no llegar a tiempo, sería fracaso del saber. La predestinación se cumpliría y una muerte más iría a danzar entre los desgajados antes de tiempo.

(Esto sin contar con las pruebas que ha de pasar por el camino, para, todavía, retardarle más. A veces parece que tampoco Dios estuviera tan seguro de su poder y que se deleitara en crear obstáculos y en angustiar con paciencia a sus retadores.)

Pequeño alquimista, que has descifrado inocentemente, que en tu pensamiento pudiste atar todos los cabos sueltos, que lograste la absoluta comprensión, que encendiste la luz interna que todo lo ilumina, pequeño alquimista, mucho te falta por caminar.

Alquimista, olvidaste los espejismos y los disfraces de follajes, plantas y animales ilusionistas. Si un tronco se mueve, no es un tronco y si una hoja tiembla, no es una hoja. Por eso, al escoger los atajos escogiste los caminos más largos. Y todo te engañó, nada era lo que parecía ser, todo se mudaba, se transformaba y cambiaba de materia. Nada permanecía y tu paso apresurado iba borrando la vereda. Cuando quisiste regresar y volviste la cabeza, un mar verde te envolvía y no había por dónde avanzar. Así que no te quedó más remedio, iluso alquimista, que seguir adelante, siempre adelante.

Y entonces el frío arrecia y es ya hielo que corta el respirar. Caen los primeros cristales de nieve que van dando claridad a la parda capa del alquimista. El silencio es mayor y la nieve no puede contenerse en su blancura precipitada. Cielo, cortina y tierra son ya

nieve. El alquimista no ve su camino y hundido hasta las rodillas en blancura sigue lentamente avanzando. Y sigue y sigue hasta que, de pronto, igual como empezó, termina de caer la nieve. Ahora, no una, sino muchas veredas se le ofrecen al alquimista. Mas bien sabe el alquimista cuál escoger y escoge, por escoger, la del centro, por ser la del centro.

Y sigue adelante.

Viene entonces la prueba de fuego. Caen llamaradas a su alrededor, pero ninguna prende en su capa porque el alquimista no cesa su caminar ni ceja su empeño de llegar al lugar de la reunión y detener la muerte segura.

Luego viene la prueba de la oscuridad y total negrura envuelve al alquimista. Negrura que es ceguera y que espesas tinieblas hacen que extienda sus brazos y trate de palpar lo impalpable y lo inexistente. Pero ese consolador apoyo de los brazos que quieren proteger al cuerpo, da confianza al alquimista y el alquimista no detiene su paso ágil y sigue adelante. Por un momento cierra los ojos, para así creer que sueña y cuando los abre, hay luz de nuevo, aunque luz de atardecer.

Han pasado las horas y está en pleno bosque en lo alto de la sierra. Sabe que el lugar de la cita debe estar por ahí. Sólo entonces se detiene, bebe agua fresca del arroyuelo, luego se enjuaga la cara y gotas perlan la capa. Se apoya en un tronco y alterna su oído atento a los menores ruidos y sonidos.

> Oirá el trote de los caballos
> Oirá las pisadas de quienes van a pie
> Oirá los murmullos y las voces susurrantes.
> Y sabrá otra vez.
> Sabrá que lo inevitable habrá ocurrido.
> Sabrá que llegó tarde y del sarcasmo de Dios.

Su oído atento, en el silencio nada advierte. El noble Caballero, su cuerpo sin vida, gotea sangre incontenible que la tierra, quedamente, va absorbiendo.

El alquimista nada oye.

IV. LA OFRENDA MÁS GRATA

"¿Soy yo guarda de mi hermano?
Génesis, 4,9

En algún libro estaba escrito, en algún libro grande y denso que tuviera toda la historia del hombre, un libro que marcara cada destino, que enseñara todos los caminos a elegir, un libro que a fuerza de gritar la palabra de Dios cantara al hombre pleno y débil, poderoso e impotente, amante y asesino. En algún libro, en ese tal vez, estaba también escrito mi acto. Así como la mayoría se preocupa por dejar su huidiza sombra en el curso deleznable de la historia, yo, en cambio, sabía que mi vida ya había sido vivida y que sólo repetía un relato antiguo e injusto. Pero saberlo no me evitaba el sufrimiento. Por eso, desde niña, desde el día en que naciste empezó mi odio por ti.

¿Por qué tenía que ser alabado tu nacimiento?¿Por qué los regalos y las predicciones, las palabras, los deseos y la felicidad? Yo no sentía nada y tu presencia me desagradaba: ahí estabas, pequeño, indefenso, amoratado. Imposible amarte. Mi lugar me lo habías quitado sin ningún esfuerzo, sin siquiera dejarme luchar, mi lugar que había ido ganando con dolor y lentamente, pero que me pertenecía y que todos respetaban hasta que tú llegaste.

¿De dónde venías y para qué me alejabas tan fácil y cruelmente? Nuestras sangres no eran las mismas: la mía hervía en odio y en pasión; la tuya, dulce y apacible, creaba el amor.

Caí en la soledad y en el olvido. Nadie preguntaba por mí, nadie recordaba que yo era la primogénita. Y lo peor, oír las palabras que antes eran para mí sola, repetidas para ti solo. ¿Qué tenías tú, acabado de nacer, indefenso, amoratado, que hacías recaer la maldición sobre mí?

Porque yo había sido maldecida. Por alguna razón, para mí oculta, había caído del favor de los demás. Lo mío no valía: mi llanto, mis gritos y mis juegos eran desagradables. Para mí era la orden del silencio y el hastío constante.

No, nunca pude quererte, y aún se atrevían a preguntármelo. ¿Cómo quererte si me lo prohibieron? ¿Cómo jugar contigo si me lo negaban?

Y pasó el tiempo y llegó el momento en que las primicias debían ser recogidas, y en que alguna ofrenda debía ser entregada, a la vista de todos, por nosotros dos. Tú habías crecido y eras fuerte y

hermoso; yo siempre en la sombra, sin luz propia y sin que nadie me descubriera. Tu belleza, ya de hombre joven, era apacible y segura, tranquila como un paisaje de pinos y césped alto. Poseías un halo sagrado: quien se enamoraba de ti no se atrevía a decírtelo. Tu nombre iba de boca en boca, palabra mágica y redonda. Murmullo de agua que corre acompañaba tu caminar y los rostros se encendían al verte. Tu caminar, pausado y armónico, reflejaba la proporción exacta de tus miembros y el peso suave de tu sexo. Seguramente no lo sabías y la inocencia te daba otra aureola más.

El día de nuestras ofrendas se acercaba y yo pensaba en algo bello y grandioso, algo inalcanzable, perfecto, preciso. Tú, en cambio, no pensabas, sabías que cualquier cosa resultaría magnífica. Yo odiaba tu serenidad, la confianza de tu triunfo, tu conciencia de lo sublime, y empezaba a germinar en mí una idea, informe aún, subrepticia, que iba arrastrándose por mi mente sin apenas advertirla. Esa idea perdediza iba convirtiéndose en un dolor punzante que hacía palpitar aceleradamente mi corazón. Y esas punzadas iban acostumbrándome poco a poco a la idea y la idea iba tomando forma, crecía, brillaba, resplandecía. Hasta que adquirió su madurez y conocí su integridad y su frescura.

El día de la ofrenda todos conocerían esa forma perfecta y plena que yo buscaba y que atraería sobre mí el centro del universo. En ese momento nadie me amaría, igual que ahora, pero en cambio todos me odiarían, existiría para ellos, no sería la sombra indefinible en que me había convertido, y mi vida valdría.

Ahora estoy en su cuarto. Lo esperé desnuda en la cama. Cuando entró y me vio, no dijo nada: empezó lentamente a desvestirse y nuestros cuerpos limpios conocieron las caricias del amor por primera vez. Éxtasis y marejadas envolvieron nuestros sentidos: todo lo olvidamos y nos hundimos en un mar lejano y ondulante. Sólo cuando empezábamos a iniciar el retorno a las orillas perdidas, antes del relajamiento total, fue cuando le clavé el cuchillo.

Su imagen de perfección no se ha destruido, a pesar del asombro y del dolor: ha sonreído levemente y sus miembros se han aflojado con dulzura: su cabeza reposa sobre mi hombro, y su cuerpo desnudo, extendido sobre el mío, se desangra tibiamente. Ya no le odio; siento un inmenso amor por él: es todo mío, mío, mío, y le amo eternamente.

Mañana, cuando vengan a abrir la puerta, conocerán todos mi ofrenda.

V. LA GRAN DUQUESA

De terciopelo negro vestida, la Gran Duquesa miraba por el enrejado de la ventana la plaza pública, donde se levantaba la horca para el joven hidalgo caído en desgracia. Los heraldos anunciaban su llegada y los tambores tocaban a muerte.

Ni un músculo se movía en la cara sosegada de la Gran Duquesa. Los espesos afeites y polvos de arroz que cubrían su rostro le daban un estatismo cruel. Maquillaba su rostro con oscuro alkohol y en la de su boca de finos y tensos labios llevaba mucho de arrebol. Un lunar negro había pintado, con sumo cuidado, en su mejilla izquierda. Negro también era su pelo y lo lavaba, en las noches de luna, con agua de Colonia para más oscurecerlo, y tenía suerte en no tener ni una cana. Blancas eran sus manos, pero en la izquierda tres pequeñas manchas de tierra ya le recordaban la llamada de la muerte. Blancas eran, que no morenas, que en las noches amarraba en alto las muñecas para que, sin sangre, más pálidas fueran de día. Su cuerpo deforme y la cojera que la aquejaba trataba de disimular en preciosas vestiduras de terciopelo y encajes. Sus cabellos adornaba con perlas y su cuello, ya no tan terso, con rubíes y diamantes. Zafiros en sus dedos y esmeraldas.

Que ya lo traen, Dios mío, al joven hidalgo, que ya lo traen, que ya lo van a colgar.

La Gran Duquesa no mueve ni el más leve músculo de su frágil cuerpo; pero por dentro, todo es inquieto revolver, doloroso recorrer pensamientos, agudos recuerdos que se clavan como agujas de fino acero inglés. Pareciera ella la condenada a muerte, porque su vida toda se le representa con el orden de transparentes cuentas de abalorio o azabaches de rosario devoto. Es como un sueño y como un sueño conoce entonces la respuesta de la pesadilla que años de noches se le repitió sin poder entender por qué. Ella de negro, igual que ahora, y alto cuello de encaje, bajando por la escalinata del palacio, bajando, bajando, con la lentitud de quien sabe que le espera una mala noticia y que postergarla no impedirá su cumplimiento.
Ese dolor profundo en el costado —recuerdo de otros dolores— y esas lágrimas que no se derraman. Ese grito que se guarda en

silencio y esas palabras que no suenan. Frente a la puerta, aún un momento para no abrirla. Y ya no puede prolongarse más la espera y no hay puertas ni paredes, y a lo lejos sólo está el bosque de altos álamos y los árboles dorados por la luz de otoño. Y no hay nadie, ni un mensajero siquiera. Y todo es soledad. Y no puede explicarse por qué esa tristeza, esa suave melancolía. Despertar, entonces, con el mismo sentir del sueño y torturarse de día por lo que hubiera habido tras de la puerta.

¿Por qué la demora? ¿Por qué no traen al joven hidalgo?

Y las cuentas de abalorio van desgranándose una a una. Cada cuenta es un amante que tuvo. Porque la Gran Duquesa mucho amó y es entendida en amores. Su cuerpo sin gracia y su dura cara los entregó a las sutiles artes del amar. Maleficios y embrujos, bebedizos y pócimas, suaves licores y perfumadas frutas, envolvieron espesamente los vapores de su cámara ducal. Leyó a Ovidio y recibió de un noble de lejanas tierras unos grabados de Oriente sobre los placeres del amor. Noble de lejanas tierras, el único que no pudo cautivar, más avezado que ella en el conocimiento del alma, vio la muerte anunciada en sus ojos y supo escapar a tiempo. No así sus demás amantes quienes, uno por uno, fue ella desgranando y enterrando por los altos bosques del ducado.

Como este joven hidalgo, el último de su larga historia.

Dios mío, ¿cuándo lo van a traer?

Todos sus amantes, uno a uno, habían presentido su destino final, pero lo aceptaban por conocer el cautiverio a manos de la Gran Duquesa. Ella era insaciable y no colmaba su medida. Según avanzaba el tiempo su lujuria era desierta y su angustia inabarcable. Las noches no dormía y los días los pasaba en vela. Adelgazaba y palidecía. Sus órdenes y leyes eran concisas y severas. Sus súbditos la respetaban, y, más aún, sabían adivinar sus menores deseos, sin que la odiaran ni la despreciaran. Tal vez hasta la amaban, tan poderoso era el imán de su amor que rebotaba hacia ella de nuevo. O tal vez, la necesitaban, porque sin ella, el ducado habría caído en manos enemigas y ella sabía dirigir alta política y diplomacia, preservar la paz celosamente, consultar y aconsejar. Muchos graves sucesos surgieron en su corte y buenas soluciones fueron allí halladas.

Con sus amantes había sido implacable, no perdonó a ninguno. Si le dolía la muerte fue impulso que no pudo detener, condena

obligada a cumplir. Dicen que su dureza era su flaqueza.

¿Y si se salvara, Dios mío, el joven hidalgo?

Por la rampa lateral de entrada al castillo, podría galopar el caballo con el mensajero que trajera el indulto para el joven condenado. Pero no llegaba ese mensajero, como tampoco llegó el de sus sueños. La Gran Duquesa pensaba que envejecía y que se debilitaba, si como breve relámpago, imaginaba el perdón. Seguía estática, levemente inclinada hacia la ventana, tensos sus músculos y su figura torcida.

Al fondo, luego de la puerta abierta de su habitación y después del corredor y los escalones hacia las otras cámaras, una leve imagen de blanco se ha perfilado vagamente y otra imagen, tosca pero con dulzura, la ha apartado y ha cerrado la última puerta del fondo.

La Duquesa oyó los pasos y la puerta cerrándose. No quiso moverse porque prefería no ver imagen ninguna de pureza. Una menina, trataba de ser apartada de un mundo negro y la Duquesa no se interpondría, ni hablaría, ni miraría.

De todos modos, su vista no se separaba de la plaza, ni de la horca, ni del verdugo meticuloso.

Díos mío, que no lo traigan, que no lo traigan, Dios mío, al joven hidalgo.

VI. YOCASTA CONFIESA

Cuando subía la escalinata del palacio, lento, erguido, con el tranquilo orgullo de quien se sabe vencedor, supe que era él. No lo dudé ni un momento. Sus ojos y su boca reflejaban mi amor, mi noche de amor en que él fue concebido. Y lo amé yo también: amé su cuerpo joven y ágil, el peso de sus músculos, su cabeza redonda y suave, la proporción precisa de sus miembros, como un potro en carrera libre hacia el mar. Supe que era él y sin embargo callé: la profecía era hermética. El deseo de su cuerpo y de sus labios, de su sonrisa y del color de sus ojos, de su piel dulce y tersa, de su pecho duro y cubierto levemente de vello, me hizo silenciar lo que debería haber anunciado. No diría quién era, a pesar de que conocía su nombre desde que puso el pie en el primer escalón para entrar al palacio por la puerta principal, como le correspondía por héroe, por libertador, y su pierna tensa marcaba la dureza de sus músculos. Entró por la gran puerta principal no por ser mi hijo, sino por haber vencido a la temible Esfinge. Lo que le correspondía por naturaleza, lo ganó de hecho. Y su orgullo me invadía doblemente. Y su amor me hacía identificar los rasgos de Layo, de su padre, y mis propios rasgos. Su amor era también doble. Aquel atardecer con el sol quemando nubes y cielo y reflejando tonos naranja y negro sobre cualquier agua —río, mar, charca—, iluminó también el lento ascender los escalones de piedra, el lento ascender de quien yo bien sabía. Pero tampoco dije nada, como si me vengara, no de mi debilidad, sino de la palabra hiriente de la profecía, de la voz rota de los sacerdotes, del silencio interrogante del pueblo. O tal vez, de mi propia debilidad, que de nuevo me hacía aceptar el sino, aunque engañándome, pensando que la decisión partía de mí. El peso de los dioses y el peso del hombre: ¿qué valía más en la balanza? No podría invocar a los dioses puesto que iba a ser impura, y, en cambio, el hombre, el que ascendía lentamente por la escalinata me colmaba: volvía a mí porque de mí salió, y sólo esperaba el momento en que dos dolores —dos placeres— me lo devolvieran. Pero no era impuro mi deseo: volver a amar en uno, al padre y al hijo. Los celos que hubiera podido sentir alguna vez, los acallaba así, y volvería a tener hijos, de mi propio hijo. A la mitad de la escalinata, cuando se detuvo brevemente, y cuando yo hubiera podido todavía gritar, no ayudé su vacilación y apreté los labios con fuerza. Él llegaría arriba y yo le sería entregada. Su mano en la mía

me conduciría a la alcoba de su origen y de su desdicha. No reconocería nada de mí, porque yo nada más le di a luz, aunque, a veces, cierto relámpago de odio cruzaría por sus ojos azul-martierra. Temería que hablara y que me preguntara.

Cada día a partir de aquél en que no quise hablar, el silencio tuvo que ser más necesario. El silencio pesaba como agua olvidada. El silencio remordía como granizo indeseado. El silencio iba sembrando la duda y creaba las palabras que nunca se decían. Él me preguntaba si había tenido un hijo, me preguntaba si lo había perdido. Me preguntaba si había deseado la muerte de alguien y me preguntaba cómo había sido Layo. Yo sentía sus celos, su quebranto y su deseo de ser amado. Las preguntas venían al final, después de hacer el amor, cuando yacíamos el uno al lado del otro, juntas nuestras pieles, mezclados nuestros olores, y las manos fatigadas y maravilladas iniciaban su búsqueda de sensaciones. Yo, a veces, olvidaba quién era él y pensaba que esa felicidad redimiría mi culpa, y que haber respetado la profecía, pudiendo haberla desmoronado, me otorgaría el perdón de algún dios. Pero sabía que me engañaba. Yo no hablaba porque no quería perder las noches —cada noche, todas las noches, la eternidad gota a gota— en las que el calor de su cuerpo entibiaba el mío y sus brazos me enlazaban. Había olvidado a Layo. Sólo tenía odio para él: el odio y el miedo que él sintió cuando nació su hijo y dictó sentencia amparado indolentemente en la obediencia a los dioses. Fue Layo quien atrajo la mala suerte cuando quiso creer en las palabras irónicas de los sacerdotes. Fue él quien inventó la profecía al ver mi mirada de amor a nuestro hijo. Ahora Layo se esconde en lugares negros y perdidos de mi memoria.

Sólo cuento con mi hijo, con su amor insatisfecho y confuso, con su mirada exacta y malograda, con su cuerpo —estatua perfecta— reconociendo el mío y amándolo como verdadero amante, volviendo su boca a mis pechos, buscando el placer que no conoció y que se desesperaba en cambiar por el que ahora conocía. Hubiera deseado, entonces, que manara de nuevo mi leche, leche que secándose y endureciendo mis senos nunca fue para él.

Ha llegado el momento en que ni la ley ni la moral existen. Desconozco las sombras y el remordimiento. Al amanecer entra la luz por mi ventana, la luz y el sol. Contemplo su cuerpo dormido, sus labios que esbozan una sonrisa. Es mío, todo él es mío, como nadie lo poseyó o lo habrá de poseer.

No importará luego el sufrimiento. Yo todo lo habría previsto,

desde que lo vi subiendo por la escalinata, despacio y seguro. Sabía que el río puede secarse, que la piedra se pulveriza y que el color del pétalo se desvanece. También sabía que él sufriría y que sus recuerdos habrían de ser atormentados. A mí sólo me quedaba la muerte, y cuando estaba a su lado no hacía sino pregustar el quebranto último.

Paso a paso —por la escalinata—, noche a noche —por mi cuerpo— rondaba el fin, sin saber en dónde parar, pero con la herida ya dispuesta y la sangre a flor de piel.

Después no quedarían sino el caos y las tinieblas.

VII. TLAMAPA

A Míriam Huberman

Vestida de blanco, su figura contra la luz del atardecer, a lo lejos, parecía como si no se moviera. Tal vez estaba quieta o caminaba lentamente. Era como un sueño, apenas delineada, apenas grave, casi adivinada.

Cuando tomó el camino que llevaba a la entrada de la hacienda de Tlamapa, como por encanto, apareció la vieja nana que corrió a poner sobre sus hombros el rebozo de fina seda.

Doña Ana siguió sola, casi sin rozar la tierra apisonada, con el leve movimiento de su falda de profundos pliegues y el pisar delicado.

Al llegar al portón de entrada, tantas veces contemplado, tantas veces repetido en la memoria, volvió a ella ese sentimiento que no podía acabar de hundir definitivamente y que siempre, por intersticios, escapaba; ese sentimiento que afloraba de que nada era eterno, de que esa puerta tan poderosa podría ser destruida fácilmente y quemada o desgajada a hachazos.

Su pasado se hundía en olvidos voluntarios. Si quería recordar sólo el entrechoque de espadas, fuego y cruces se le representaba. Guerra y destrucción. Fin de una época y principio de otra. Esa era la historia que contaba la vieja nana, y que no sabía si creer. De un origen en crisol ella descendía, de un pueblo vencido y de otro vencedor.

"Ahora llego al portón. Empiezan las ceremonias. Los saludos. Los deseos. El no decir nada con la sonrisa esbozada. El asentir. Siempre es más fácil asentir. El Conde besará mi mano. No me preguntará por qué en las tardes deambulo sola por los campos. Pero sus ojos, de un mirar preocupado, sabrán encontrar en los míos la respuesta, y mi sonrisa hará reflejar en él otra sonrisa. Rodrigo, de un tirón, soltará la mano de la vieja nana y correrá a mis brazos y me pedirá, como cada noche, que le cuente el cuento del pájaro verde que comprendía el lenguaje de todos los animales y también el de los hombres. Y yo le contaré los viajes del pájaro verde por todos los rincones del mundo y hasta los más lejanos confines."

La cera escurre por los candelabros de plata. Doña Ana, sentada a un extremo de la mesa, deja perder la vista en esas formas que

van derritiéndose pesadamente por las velas en un lento no permanecer. Su vida también es así.

—¿Por qué sales a los campos? Yo mandé construir los estanques, y la alberca, y la cascada y los jardines, para ti. Puedes estar todo un día caminando dentro de la hacienda y no acabar de recorrer el bosque y llegar por fin al lago. ¿Por qué, entonces, sales a los campos como si escaparas?

Doña Ana piensa que la cena es muy lenta. Quisiera que el tiempo corriera. El rojo del vino en la copa de cristal tallado va poniendo de relieve los dibujos incrustados. ¿Quién sería el tallador de esa copa condenada a que un descuido la desmenuce en agudas sonoridades? ¿Quién piensa en dedicar toda una vida a un trabajo tan frágil como los sentidos a que va dirigido, la vista, el tacto, el sabor, el olor, el oído? Doña Ana hace vibrar, con un leve golpe, el cristal de la copa. El Conde ya no habla. Sus labios parecen pronunciar palabras, pero no emite ningún sonido. Doña Ana piensa que si la comida dura más, cuando suba a contarle el cuento a Rodrigo, ya Rodrigo se habrá dormido.

(Rodrigo no es Rodrigo. Rodrigo es Tonatiuh. Ese es el nombre que la vieja nana le dio y que el Conde no sabe.)

Doña Ana le ha contado tantas veces el cuento del pájaro verde, que no se explica cómo cada noche puede dejar fluir las palabras y casi sin pensar, se le ocurran nuevas historias. Por eso no se preocupa si en este momento, al beber un largo trago de vino, no sabe qué contarle a Rodrigo. Una vez en el cuarto de Rodrigo, sentada en el sillón de alto respaldo de terciopelo rojo y tomando la mano del niño entre las suyas, las palabras surgirán y ella casi se admirará de la nueva historia que irá inventando y que no interrumpirá hasta el final, a pesar de que Rodrigo ya esté dormido hará largo rato. Una fuerza que ella no sabe de dónde viene, hilará palabra tras palabra, adornando la historia, cautivando el oído.

"Qué silencio este de cada noche. Aquí, en la cama, casi a oscuras, contemplo una a una las vigas del techo. La vela encendida tiembla a veces, movida por desconocidos aires. La vela que consuela. Cuando despierte, alrededor de la madrugada, la oscuridad no será total, y será un alivio saber que aún vivo, que la negrura del sueño no me llevó a la negrura de la muerte. Como la canción de la nana:

¡El Tamoanchan de los Águilas,
la Casa de la Noche de los Tigres
está en Huexotzinco!
Es allí el sitio de la muerte
del Merecedor,
de ese Tlacahuepan.

Sólo oigo el canto del grillo, tan monótono, tan tranquilizador que quiere prometerme que afuera no hay llanto, ni dolor, ni violencia. Que me habla para decirme que no debo temer a la noche, que todos duermen y que viene a cantarme para que yo también duerma. Si hubiera un peligro, él callaría de súbito. Él, que había cantado cuando los príncipes de la tierra reposaban con sus chimalis al alcance de la mano, y que había sabido callar cuando sonaba el teponaztle de la guerra.

Doy vueltas y vueltas. No logro conciliar el sueño. Es al amanecer,
cuando fatigada, me quedo dormida. Dice mi nana que es porque no le rezo a Dios. Pero no puedo. Aquello que no siento no puedo hacerlo."

Doña Ana, seguida del revoloteo de las doncellas, ríe y camina ligera. Un alboroto pajarero, risas entrecortadas, quién sabe qué pudores volanderos. Todo parece sencillo, aire campesino, sol de sierra, agua fresca.

Doña Ana y las doncellas llegan a la alberca, enmarcada por nenúfares, que el Conde mandó hacer para deleite y olvido de pesares y fatigas. Doña Ana, de piel dorada, sumerge su cuerpo en las aguas. Las doncellas la rodean. Muros altos vencen la curiosidad impertinente. Gritos, chapoteos, entrevistas desnudeces, murmullos. Las gotas de agua en la piel. Los cabellos empapados. Los ojos transparentando reflejos de cielo y agua. La gran toalla blanca que cubre el cuerpo de la Condesa. La nana la seca suavemente y palabras ininteligibles se las lleva el viento.

A la sombra de un oyamel Doña Ana dormita apenas. Rodrigo la contempla sorprendido. Su madre duerme, no le habla, no sonríe, no se mueve. Rodrigo siente miedo de esa quietud. Tal vez nunca despierte. Nada habrá de moverse. Nada sonará. Nada brillará. No conocerá el fin de la historia del pájaro verde. Rodrigo grita: "No, mamá." Y toca la cara de su madre porque no quiere que duerma.

Yohuali, la vieja nana, se lleva a Rodrigo. Yohuali, de quien se dice que en la capilla ha colocado ídolos en lugares secretos. Que abrió la cabeza de San Antonio y que guardó allí un pequeño Tláloc de jade. Que conoce el poder de las hierbas, para bien y para mal. Que sabe curar espantos, y mal de ojo y romadizos. Yohuali, con Rodrigo de la mano, se interna por el bosque para ir a recoger hojas y flores.

La tarde se va ennegreciendo y los truenos retumban por cerros y valles. Las primeras gotas de lluvia hacen estremecer el cuerpo todo de Doña Ana. Pide que le enciendan la chimenea. Dos niños se apresuran con haces de leña. Sus pies descalzos, duros y de color de tierra, con grietas, insensibles.

El fuego va poco a poco creciendo, con lentitud voluptuosa envolviendo las ramas y los maderos, que se dejan así consumir. El calor conforta a Doña Ana. Hubiera querido que el Conde estuviera a su lado. Que no le hiciera preguntas pero que le acariciara la mano. O que hablara de sus cosas, de la siembra, del ganado, de los caballos, del frío de la sierra. Porque a ella sólo le gusta escuchar. Le gusta también el olor de la leña quemada, el crepitar, el movimiento de las llamas y ese no saber en qué momento podrían apagarse. Y luego el rescoldo, las cenizas calientes, los tonos de gris.

Esa noche Doña Ana no duerme sola. El Conde va en busca de más calor para su cuerpo. Sus manos presienten tactos y formas. Su semen se trasvasa en rítmicas olas de tibieza. La blanca sábana envuelve, como otra piel más, estos dos cuerpos gemelos por amor. Luego, el sueño es merecido reparo. Despertar, triste razón de la ausencia.

Doña Ana no lo supo hasta el día siguiente. Yohuali y Rodrigo no regresaron del bosque. Desde· temprano, al ver la cama vacía del niño, habían partido grupos de mozos a buscarlo por los alrededores. Pero ese día Doña Ana despierta tarde y tal vez es el alboroto de los susurros, el ajetreo de la servidumbre inquieta lo que le hace levantarse y preguntar qué pasa.

Siente en el corazón un golpe de campana y de inmediato un agudo dolor en las sienes. Sus manos tiemblan, su voz tiembla. Se echa el rebozo de seda sobre los hombros y corre en busca de Rodrigo.

"Dios mío, Dios mío. Ahora sí te invoco. Sálvalo. A él no. Que a él no le pase nada. Dios mío. Me corregiré. Ya no dudaré. Dame esa prueba. Dios mío, necesito esa prueba. Que mi hijo esté vivo, Dios

mío, y creeré en ti como nadie ha creído. Olvidaré los rezos y los nombres que me enseñaba Yohuali. Yo sabía que también la destrucción me alcanzaría. El fuego, la cruz, la espada. Pero a mí, no a él, mi Diosito, no a él."

El Conde pasa al galope al lado de la Condesa. Se regresa y la sube a la grupa del caballo. Toda la mañana, palmo a palmo por el bosque, van las cuadrillas buscando al niño y a la vieja nana. Es un día de sol brillante, lavado por la lluvia, de transparencia casi tangible, de aire estático que podría cortarse con fina navaja, como espejo invisible, como agua hecha luz. Los volcanes, tan negros y tan blanca su cima, sin poder moverse, sin lluvia que los trastorne, sin viento que los inquiete, siempre observando, siempre olvidando: hombres, mujeres, tiempo, ir y venir, el cambio de todas las cosas, la guerra, la muerte, los nacimientos, el aire que sopla y todo lo barre. Ellos dos, el Popocatépetl y el Ixtaccíhuatl, sin nada qué hacer, recostados en el paisaje, de todo conocedores, de todo desesperanzados.

Cuando los encuentran parece que están dormidos. Nadie se atreve a acercarse. Se oye el silencio. La bruma es tenue. Fríos en vaivén estremecen los cuerpos. El sol ya declina. Vapores de olor a tierra mojada parecen apaciguar los sentidos. Es un olor tan antiguo, tan prometedor, tan ansiado.

Doña Ana salta del caballo y quiere correr hacia su hijo, pero un cerco invisible la detiene. Sus músculos en movimiento se han paralizado. Como si fuera en sueños, su cuerpo no responde a su voluntad y queda inmóvil, los brazos extendidos, la boca a punto de pronunciar algo, fría, de piedra. El cerco invisible es agudo y de hielo. Nadie puede dar un paso. Por eso, hay un casi reprimido grito de espanto unánime cuando el Conde rompe el cerco, atraviesa el transparente hielo y toma a Rodrigo en sus brazos, tan frágil, tan quebradizo como la copa de cristal tallado.

Todos caminan de regreso pisando terrones desmoronables, cortan-do flores sin color, espinándose los pies y las manos, sangrando por los senderos, lágrimas de cristal clavándose en sus carnes. No queda más que el silencio.

Podrían oírse viejas palabras de maldición, susurros en las conciencias, despertar de memorias. Porque todos han cometido un olvido.

(La vieja nana quedó allá atrás, en el bosque, como dormida,

descansando, guardando para siempre en la noche de su nombre el tesoro de los antepasados.)

"Ahora cuando llegue al portón de entrada ya no habrá ceremonias ni saludos, ni Rodrigo correrá a mis brazos ni me pedirá que le cuente, como cada noche, el cuento del pájaro verde. Esta noche la pasaré toda a su lado, sentada en el sillón de alto respaldo y terciopelo rojo, con su mano entre las mías, para que no despierte, para que su sonrisa siga dibujada y su sueño sea tranquilo. El tiempo no correrá, la noche no se abrirá en pétalos de amanecer. En voz baja, las palabras fluirán, una a una, lentamente, sabiendo que vuelan en alas del pájaro verde por el aire que no lleva a ningún lado, que no tiene eco, que no acude a caracolas de oído que las acojan. Esta noche, el cuento del pájaro verde terminará, sin que, oh Dios que me has abandonado, Rodrigo conozca el final."

VIII. SALICIO Y AMARILIS

Puede ser que dos mundos nunca se toquen. Que dos planetas en un punto rocen mismas órbitas y luego se alejen más que nunca. Que Salicio y Amarilis vivan, en égloga pastoril, separación en campo florido, distancia en valle cerrado. Que si para uno llueve, para el otro hace sol. Que si uno habla, otro no oye. Que si habitan idéntica prisión, cada cárcel es diferente.

Aunque no siempre fue así, hubo días en que Salicio y Amarilis compartían el sol, el mismo gongorino cuadrado pino, de blanco mantel, provisto de leche y queso, pan y frutas. Salían luego con sus rebaños en busca de buenos pastos, sombra fresca y deleitoso arroyuelo. Al son de la zampoña de Salicio, Amarilis cantaba suaves cantos y tejía guirnaldas de flores. Y así, tiempo tras tiempo, hasta que agotaron a Garcilaso y empezó el silencio, no aquel en el que sólo se escuchara un susurro de abejas que sonara, sino el único silencio de dos amantes que se han borrado frente al espejo que los reflejaba.

Fue difícil establecer el momento preciso en que las aguas dejaron de estar unidas o en el que el balido de las ovejas fue discordante, cuando los pájaros ya no trinaron y las flores palidecieron. Pero pasa, aun en las mejores églogas sucede. El ambiente fue dejando de ser pastoril poco a poco. Las cosas dejaron de ser nombradas y perdieron su razón de ser. Ya no había poesía en la naturaleza y la evocación sensorial no se sentía. Asociaciones, imágenes y metáforas se perdieron por el camino o dejaron su cuidado entre las azucenas olvidado.

La regulación del amor, su invención de cada día y la metamorfosis de los amantes se convirtió, primero en una lucha de opuestos, luego en la total indiferencia y abstracción. La lucha de opuestos quiso establecer el predominio del uno sobre el otro. Salicio aspiraba a su propio egoísmo y Amarilis también. Ninguno ganó la batalla y las recíprocas acusaciones fueron cuchillos vueltos contra el corazón. Hasta que la sangre ya no goteó y pálidos cadáveres deambulantes ni siquiera imaginaban la misma tumba, para que, al menos, la muerte los uniera.

Desamantes no supieron cómo ocupar su tiempo ni distraer su mente, condenados a ser dos en dos. Inventaron muchas ocupaciones y cada uno corría a atender sus ovejas lo más lejos posible del otro. Si cantaban, porque alguna voz tenían que oír, era cuando el otro no podía escuchar y, por si acaso, se deleitaban en crear combinaciones afónicas, arrítmicas e inarmónicas.

Una vez que Salicio, pacientemente, hubo destruido la imagen de Amarilis y Amarilis la de Salicio, se dedicaron a destruirse a sí mismos, como si esto no hubiera estado ya implícito en su deshacer previo. Y fue fácil, fácil es destruir —con un leve golpe de mano el niño desbarata la construcción de bloques de colores que vacilantemente había elevado—, que lo difícil es construir.

Y se quedaron, Salicio y Amarilis, con la tortura en vida, la apatía por alimento, la insensibilidad en la piel, la ceguera, la sordera, la anosmia, la mudez.

Fueron dos mundos dando vueltas, trompos alejándose, relojes en antípodas, fuego y agua, paralela y perpendicular, punto y contrapunto. No fue posible hablar el mismo idioma, las claves se alteraron, sinónimos fueron antónimos, adjetivos, sustantivos y verbos desaparecieron. De lo complejo fueron derivando a lo simple y se quedaron con unos cuantos sonidos guturales, que hasta eran demasiado para lo que querían expresar.

Mientras, las ovejas iban modulando sus balidos, y Salicio y Amarilis entendían hasta la mínima variación. Pronto empezaron a imitarlos e iniciaron cierta clase de diálogo.

Así, disimulaban el ir de una a otra soledad y creían que pisaban largo camino aunque regresaran sobre sus huellas. Ni siquiera pensaban en cambiar la ruta, en romper las ataduras, en tentar lo imprevisto, que los pastores no son aventureros, no son marineros al aire. Y siempre lo mismo, un día contrapuesto a la noche y otra noche al día.

Sólo esperaban Salicio y Amarilis olvidarse también de abrir los ojos.

IX. PIRAMIDAL, FUNESTA SOMBRA

Sentada ante la ventana de la celda, la monja, con la pluma en la mano, supo lo que iba a escribir. Su decisión era clara y sencilla. Mucho había escrito antes; le habían pedido sonetos y romances, silvas y décimas, y a todos complació y de todo escribió. Hoy ya no sería así. Por primera vez, escribiría lo que ella quería escribir. Y esto, tan fácil, le traía una especie de consuelo que nunca había conocido. Antes de ponerse a escribir, con la pluma en la mano, gozaba esa felicidad y el momento de la decisión.

La sorpresa de haber escogido algo libremente era grande y quería prolongar el placer. Como todo placer, su duración era brevísima y ya su mente divagaba en el poema que iba a escribir.

Había llegado el momento en que se encontraba con fuerzas para crear una obra larga, y la impaciencia le sumaba energía al esfuerzo. En sueños le había venido el pensamiento y esa noche se había levantado y, a ciegas, sin encender la vela, había garabateado en el papel los cuatro primeros versos:

> Piramidal, funesta, de la tierra
> nacida sombra, al cielo encaminaba
> de vanos obeliscos punta altiva,
> escalar pretendiendo las estrellas.

Y ahí lo había dejado. Luego regresó a su lecho y ya pudo dormir sosegada el resto de la noche.

Ahora, a la luz del atardecer, frente a la ventana, leía y releía los cuatro versos que la arrancaban hacia el resto del poema. En una hoja aparte iba anotando todas las ideas que deberían aparecer, las divisiones y partes principales que pensaba abarcar, por miedo a fiar a la memoria lo que podría escapar.

Su preocupación primera era exponer la teoría del conocimiento. Le agobiaba la idea de explicar el origen de las cosas. Pretendía incluir las leyes físicas, biológicas y astronómicas. Le maravillaban la medicina y las matemáticas. Tenía un lugar especial para la filosofía. En lo único que tuvo que ceder fue al afirmar que era la teología la reina del saber.

Ella anotaba las ciencias y abajo iba caracterizándolas y

definiéndolas. En otras hojas, al lado, iba escribiendo los mitos que pensaba utilizar: Nictímene, las Meneidas, Plutón, Harpócrates, Alcione, Acteón, Morfeo, Démeter, Afrodita, Alcides, Faetón, Ícaro, Tithón, Aurora.

Pensaba que el poema tendría el desarrollo de un sueño. Sucedería en la noche y acabaría al amanecer. Como una muerte invertida cuyo fin sería el nacer.

Se deleitaba imaginando cada una de las partes y anticipando el todo. Se le representaba el poema terminado y se asfixiaba con las imágenes agolpadas que ya tomaban realidad.

De la noche escogió sus recuerdos de temores e insomnios, cuando se le amenazaba con infames turbas de nocturnas aves, oscuras y graves.

O, como le sucedió, cuando el afrentoso murciélago entró en su cuarto, tal vez a la edad de tres años, y que nunca habría de olvidar. Creyó entonces que era la muerte y que siempre le cercaría ese sonido de las desnudas pardas membranas que apenas si rozaron sus mejillas. Los otros ruidos de la noche que no pueden ser explicados, longas negras y máximas. El viento, de tan flemático, quedándose dormido en medio de su tardo compás. Y aun los que padecen de insomnio condenados a dormir. Y los que vigilan, el perro, y los ladrones y los amantes, todos en silencio ya. Hasta los peces, doblemente mudos, y entre ellos, Alcione, vengadora. En las cavernas más ásperas y escondidas, donde la luz no penetra, más noche es. El león y el ciervo sosegados; el águila con su despertador reloj hecho de pequeño guijarro y fiado en equilibrio a una sola pata. En dulce dormir todos los hombres vencidos, el rey y el pastor, el sayal y la púrpura. Inevitablemente, el sueño y la muerte, los grandes igualadores.

Y luego, otro terror de la monja, que venía también de la infancia. Dormir y no despertar ya más. Morir. El cuerpo, cadáver con alma, en riesgo de perderla. El cuerpo, ya no vigilante, puede dejar escapar el alma. El alma, con su ansia de volar, de disolverse por los espacios, de elevarse más y más, aprisionada de día, huye de noche y es libre hermana de la fantasía. Es espejo, luna y azogue. Símil de la centella se goza en sí y en su incorporeidad. Nada la detiene y aspira a la Causa Primera. Llega al punto en que todo pudo comprenderlo y en ese mismo momento se precipita al abismo sin fondo y muere, olvida o regresa a las ataduras corporales. Cada noche intenta su vuelo imposible y de fracaso en fracaso va puliendo la esencia de sus aristas impalpables y va desgastando su transparencia. Aquello que no comprende, ese mínimo espacio que

a punto estuvo de sobrepasar, le lleva a discurrir nuevas maneras de conocimiento.

Después, vuelta a empezar, ciclo de la perfecta rotación.

Si no se alcanza el supremo saber, si es inaccesible el pico más alto de la más alta montaña, si el precipicio no se puede cruzar, no todo es perdido, siempre queda el despertar, la nueva luz de cada día y la promesa de otra noche dada al soñar.

La monja humedece el afilado cálamo en el tintero, acomoda los dedos para escribir, apoya la mano sobre el papel y las palabras que rasgan el silencio van formando, una a una, el poema.

X. CRISTIANO CABALLERO

Cristiano caballero que tardaste mucho en poder embarcarte hacia las Nuevas Tierras. No te fue fácil comprobar tu limpieza de sangre. Todos decían que eras cristiano nuevo y que tus padres aún prendían velas los viernes por la noche. Sólo tú afirmabas, jurabas y perjurabas que eras hidalgo y cristiano viejo. Cuestión de honor, cuestión de fe, cuestión de papeles.

Mientras, por no perder el tiempo, ni la costumbre, estudiabas. Leías libro tras libro, que si de caballerías, que si de pastores, que si de pícaros, que si de tal cual caballero mancillado y enloquecido. Pero sobre todo, leías la Biblia. Biblia antigua y romanceada, traducción de un lejano rabino de Guadalfajara. Lectura oculta, lectura prohibida, a solas y deleitosa. Lectura también provechosa, de la cual provendrían tus más convencidas ideas que años más tarde defenderías, contra viento y marea, ante clérigos, reyes e inquisidores, encomenderos y capitanes, soldados y obispos. Y esa fuerza y esa certeza que a todos conmovería eran palabras de profeta, esperanza de mesías, horizontes de libertad y anhelos de justicia en un mundo que nacía con la muerte clavada en la garganta, ahogado y sin voz.

Mucho pensaste mientras esperabas, pero mucho más aprendiste cuando pusiste pie en la primera isla. Imaginabas el paraíso, el estado de gracia, la absoluta pureza. Y así lo encontraste, solamente que todo al revés. Los pies en la cabeza y la cabeza en los pies. El inocente, colgado, y el pecador durmiendo tranquilo. El natural desposeído y el recién llegado enriquecido. Las familias dispersas y mujeres y niños reapropiados. Los libres esclavizados y los esclavizadores libres.

Pero lo que más te dolía, como en carne propia, como experiencia sufrida, era la alteración del orden de la naturaleza, la burla de Dios, la tortura del doliente, llanto y sangre del hombre. Por eso escribiste y enviaste memoriales del rey abajo, a todos. Y tus cartas se arrinconaron y no quisieron leerlas, que la ignorancia no castiga. Pero eras empeñoso y obstinado y convencido. Y decidiste embarcarte de nuevo e ir en persona a relatar los horrores. Y más se taparon los oídos y menos quisieron escucharte.

Regresaste otra vez, a luchar como pudieras, a adquirir nuevas fuerzas, a penetrar en la maraña y de ahí desenredarla. Por eso te hiciste fraile, cristiano caballero, buen calculador, que buscaste apoyo en donde mayor era el poder.

Y desde dentro, mejor pudiste manejar las cosas. Hablaste con los prelados, sacudiste sus conciencias, gritaste su moral, estrujaste su silencio, revolviste su aceptación, creaste el caos y provocaste la inseguridad.

Escribiste, entre otras cosas:

> Bástales a estas gentes míseras irse al infierno con su infidelidad, su poco a poco y a solas, y no que vinieran los que las habían de salvar, nuestros cristianos, a en tantos breves días, por sola cobdicia, con nuevas y extrañas maneras de crueldad y tiranía sacallas del mundo e irse con ellas a las tinieblas y lloros sin fin, donde, *non erit solatium miseris socios habere penarum,* pues que, *non minus ardebunt qui cum multis ardebunt.* Desta tan diferente mudanza, aunque no de la diestra del señor, y aun de aquella ganancia que habrán los que hicieron e hacen cada día de los presentes, dan testimonio los cuentos de ánimas, a muchas más de que todas estas partes (el cuento e cient mill de toda esta isla) quemados vivos, asados en parrillas, echados a perros bravos, metidos a cuchillo, no perdonando ni a niños ni a viejos, ni a mujeres preñadas ni paridas, y aun algunas veces escogiendo los más gordos para matallos y sacalles el unto (porque era, diz, que bueno para curar las llagas de los matadores), e por otras duras maneras que por nuestra nación española, sin causa ninguna justa, son muertas.
> Ya llegan al cielo los alaridos de tanta sangre humana derramada. La tierra no puede ya sofrir ser tan regada de sangre de hombres. Los ángeles de la paz, y aun el mismo Dios, creo que ya lloran. Los infiernos sólo se alegran, pero creo que con tanta priesa de recibir dañados, se azolvan. Después de acabadas las guerras cometidas contra todo derecho divino e natural, donde las obras arriba apuntadas con inmensa multitud de otras peores se ejercitan, que es el primer pie con que los cristianos en estas tierras entran; luego se sigue el segundo y despiadado dolor e gobernación tiránica, que es a lo que principalmente tienen ojo, conviene a saber, que les reparten todos los indios que de las guerras se han escapado, para que su poco a poco (y ojalá fuese poco a poco), en horrible servidumbre, sacando oro y perlas, y otros injustos trabajos, acaben de dar fin a sus días.
> Todos estos males son grandes y ofensivos de orejas piadosas; y serían más horribles e menos sufribles a oír, si, particularmente, las cosas en crueldad señaladas se refiriesen...
> Que aunque Dios permita por los juicios secretos que Él se sabe que estas gentes sean castigadas, guay de los instrumentos con quien las castigan. Porque la voluntad suya es que todos se salven e vengan a su conocimiento, porque se crea, después que vino a tomar nuestra carne, de se nombrar Padre de las misericordias...

Empezaron entonces a calificarte, a detractarte, a postergarte. Que si soberbio, que si engreído, demasiado impulsivo, poco temeroso de Dios, crítico de tu patria y defensor de paganos. Pero olvidaron que ya muchos te habían antecedido en el señalamiento de los males y que esa idea de que la tuya era tierra de la que "no hay lengua que pueda contar sus bienes", era ilusivo rodeo de la verdad, sueño de deseo no satisfecho, amargo punto de dolor convertido en clara estrella bella.

Y sobre todo porque llevabas en ti la semilla de la duda, la crítica de la razón, el no conformismo de una ética profunda y

exigente. Porque de tus padres y de tus abuelos, de tus bisabuelos y tatarabuelos y de ahí *ad astra,* en una inversa manera de limpieza de sangre, que te habían querido probar, lo que venía a probarse era la raíz y origen de tu ser en fácil herencia y lógica deducción de converso perseguido que ya no tiene qué perder y pone el aliento de su vida en denunciar —y no al modo inquisitorial— todo mal que impida en tierra la realización de un cielo puro y utópico.

Claro que, no contra una, sino contra muchas paredes topaste tu cabeza, y tuviste que hacer y rehacer, reformar y transformar múltiples veces todas las ideas que te bullían y rebullían en el alma y en el corazón y en el cerebro.

Un día, cansado de proponer y denunciar, pasaste a amenazar y a castigar con la palabra. Encontraste, entonces, la fórmula que a algunos habría de llevar al arrepentimiento. ¿Qué otra cosa sino la amenaza del infierno? Para creyentes, la condena total. Sólo así, algún conquistador, algún encomendero, por aquí y por allá, y, desde luego que *in articulo mortis,* empezó a restituir los bienes apropiados y a liberar a los esclavos dolientes.

Tus alaridos hallaban eco y ya unos cuantos convencidos te seguían. Pero tu mesianismo era sospechoso y tratabas de curarte en salud borrando los indicios de tu sangre no tan limpia y así, alterabas una letra en tu apellido para asemejarte a familia noble o bien, ya viejo, de ochenta y cinco años, iniciabas un repliegue, tal vez por el temor oscuro a ser identificado y pedías que tu inacabada *Historia* no fuera divulgada sino pasados cuarenta años —cifra mosaica—, bajo condición de ser entonces propicia a la gloria de Dios y a la manifestación de la verdad.

En dudas, agonías, temores y desesperación sacudiste las conciencias ajenas y para ti no encontraste la paz.

A los noventa años tu alma se te escapó y, rebelde, no sabemos a dónde fuera a parar.

XI. VENTURA DEL INFANTE ARNALDOS

Quién hubiera tal ventura, sobre las aguas del mar, como el Infante Arnaldos, la mañana de San Juan.

Su melancolía nada se la podía curar y sus pérdidas nunca las habría de recobrar. Si iba de caza era para huir al bosque y para olvidar, siempre en busca de algo y nunca sabiendo lo que es. Al despertar, cada mañana, se creía a punto de descubrirlo, pero el destello se le iba desvaneciendo según avanzaba el día.

Se sentía como en tierra extraña; añoraba otros bosques y otros lagos. Nada le era familiar, a pesar de haberse criado en esas tierras. Ni el paisaje le traía calma ni veía en parte alguna signos de su origen. Esas piedras y esas ruinas no contaban la historia de su pasado. Había leído y estudiado y había querido amar tradiciones que no eran las suyas. La religión le era indiferente; las costumbres, ajenas; la gente, muy lejana; el lenguaje, a veces, ininteligible. ¿Con quién hablar? ¿A quién contarle sus penas? ¿A qué Dios invocar o a qué rey ansiar como señor?

Vivía el Infante Arnaldos en completa soledad. Palacio de cristal el suyo, reluciente como agua de la montaña. Trajes de ricas telas y camisas de encaje y finas sedas. Botas pulidas, de piel de cabritilla. Ajustados guantes de gamuza. Manjares todos los que apeteciera, en vajilla de oro y plata. Músicos a la hora de comer tocando vihuelas y salterios, laúdes y atabales. Agudas voces de doncellas y graves de donceles en coros de ritmo entrecortado y lento. Biblioteca para toda una vida con altos ventanales mirando al mar. Y un torreón al que se llega por escalera de caracol para observar los astros y la luna. Amplios cuartos con chimeneas reconfortantes. Espaciosa sala y comedor de sólida mesa con sillas de alto respaldo labradas al filo de los bordes. Encajes de madera donde el polvo se olvida al menor olvido.

Cuántas veces ha caminado por las habitaciones el infante Arnaldos y ha pasado en lento deslizar la mano por muebles y objetos. Cuántas veces se ha quedado inmóvil, con pérdida del tiempo, atrapado en un pensamiento que vuelve insistente sobre sí y repite una y otra cadencia monótonamente. Cuántas veces se ha preguntado tantas cosas y qué pocas ha encontrado la respuesta.

Y, sin embargo, vive tranquilo el Infante Arnaldos. Hacia fuera vive tranquilo y sonríe. Hacia dentro es otra la historia. Sobre todo, no entiende este su desasosiego. No sabe qué hacer con el cúmulo de palabras en torbellino y en cataratas. Quisiera encontrar un orden, un método. Le atrae la mesa de la biblioteca y el montón de hojas cuidadosamente recortadas y apiladas en una esquina. Y las plumas de distinto grosor y las tintas de distinto color. Todo listo para escribano que amara su oficio. Quisiera sentarse el Infante y quisiera ponerse a escribir. Tal vez así. Tal vez así pudiera poner orden en el caos que lleva por dentro. Entonces, lo decide y lo hace. Primero escribe su nombre y luego quiere escribir dónde nació y esto no lo sabe. Después describe el palacio y los límites que lo circundan. Aquí se detiene y se detiene sorpresivamente. Es que el Infante empieza a darse cuenta que vive encerrado. Que nunca ha pasado de los límites más allá de la muralla del norte, y que por el sur, tras el bosque, sólo está el mar, y que a oriente y poniente los acantilados son tan abruptos que ni a la playa se puede bajar.

Dios mío, que el Infante Arnaldos es prisionero.

"Prisionero me era yo y yo no me lo sabía. Prisionero en palacio de cristal. Prisionero en olvido, con bosques y con mar. Y con alta muralla también. Ni sé de dónde vengo, ni quién soy, ni si mi nombre es mi nombre.

Desde aquí veo el mar, el mar que riela, riela, riela. Y la línea del horizonte, con el cielo. Y los altos pinos que bajan hacia la arena. Veo, y no veo. Porque no sé lo que hay ni en el mar ni en el cielo. Y pienso, cuánto tiempo llevo aquí y cuánto más llevaré. Ver salir el sol y luego ponerse. La luna también. Y las estrellas. El retoño de las plantas y su pérdida. El ciclo de lo que va y viene. La sorpresa de la lluvia. Muchas cosas, infinitas, me rodean, y otras que yo no sé. Como tampoco sé qué hago yo entre ellas. Yo, que sólo veo y me doy cuenta, pero nada más.

Prisionero, de aquí y de allí. Prisionero que no puedo volar. En un pequeño mundo y todo el mar frente a mí.

Y pienso, quien me trajo me habrá de llevar. Quien me hizo olvidar me hará recordar. Hay tinieblas hacia atrás y hay tinieblas hacia adelante. Breve lapso de luz este que me ilumina. Luz sí, pero no claridad. Oscuridad siempre, como en la noche, vueltas y vueltas en la cama."

Triste Infante Amaldos, ninguna de tus preguntas se podrá responder. Hay un hueco, hay un vacío en ti. Te falta algo. Algo perdiste, porque no es que no lo vieras, sino la sensación de que lo has perdido. Estás desgarrado, separado, lejos. Vives queriendo

recordar un sueño que sabes que soñaste. Vives esperando una mañana de San Juan en que habrás de ver una galera que a tierras querrá llegar. En la que un marinero vendrá diciendo un cantar sólo para quienes con él se van.

Y ésta será tu ventura, y tu aventura, Infante Arnaldos, cuando subas a la galera y te vayas, por esos mares de Dios, con tu incertidumbre por filo.

XII

EL JUGLAR

A Rafael Huberman

El juglar había aparecido, prodigiosamente, en su infancia. Lo vio y lo oyó. Jugó con el fluir de historias que se derramaban de una voz, en forma de sonidos y sentidos. Jugó con la maravilla de la música acoplada. Jugó con la espera e intuición de una palabra que anticipa otras vidas, otros pensares, otras querellas.

Quiso, en ese mismo momento, ser juglar. Abandonar el castillo, sus deberes de príncipe, su aprendizaje de las armas fieles, cómo usar la espada y el mandoble, el cuchillo de caza, la ballesta, el estudio de las leyes de caballería, el cuidado y aderezo de la cabalgadura, el trato al escudero, su entrega al rey, a Dios y a su dama. Quiso no más guardar en la memoria las reglas del buen caballero, según Ramón LLull las había establecido. ("El amor y el temor se convienen contra el desamor y el menosprecio; y por esto conviene que el caballero, por la nobleza de su ánimo y buenas costumbres, y por un honor tan alto y tan grande como el que se le ha hecho por elección, por el caballo y las armas, sea amado y temido de las gentes; y que por el amor que recibe, devuelva caridad y ejemplo; y por el temor que causa, devuelva verdad y justicia.")

Quiso y pensó en huir, en escapar a los caminos, en olvidar la muelle cama y los brazos de la madre, los ojos recios del padre, las risas deshojadas de las hermanas, el calor de la chimenea en invierno y el frescor del huerto en verano.

Ya no más vida reglamentada y de cotidianas disciplinas. Horario para las comidas, horario para los rezos. Ropa adecuada según la ceremonia. El saludo. El gesto. La fórmula por todos conocida y esperada. Todo en su lugar. Todo a su tiempo. La danza. Los instrumentos musicales. El bello movimiento de la mano y el torso.

En cambio, poder correr por los caminos. Aprovechar las sendas y los atajos. Cruzar la montaña antes de la primera nieve. Llegar preciso con el barquero que cruza el ancho río. Dormir una noche

aquí y otra allá. Comer cuando se puede y lo que se puede. Tal vez una fruta del árbol sereno, un pedazo de pan duro regalado y agua clara de la fuente.

Olvidarlo todo. Sólo aprender el arte de juglaría, imaginar extrañas historias o relatar hazañas pavorosas. Tocar el pito y tambor para, al vislumbrar un poblado cercano, ir ya advirtiendo a los habitantes que nuevo juglar viene a divertirlos. Que se corra la voz hasta el alto castillo y que allí caballeros y damas lo atraigan para deshacer su tedio y darle, si no unas monedas, algo de ropa y buena comida. También el reposo de un lecho que alivie los músculos fatigados de la dura tierra.

Así que sería buena vida. Vida para los demás. Vida que trajera el descanso de la guerra, y de la servidumbre y de la peste. Que hiciera soñar a quienes sólo lo saben de noche, a quienes no ríen ni lloran, a quienes desconocen imaginar y rondar.

Y luego que oyó al viejo juglar aquella primera vez, cuando ya todos dormían, fue a buscarlo al cuarto de los criados y lo encontró sentado en la cama, repitiendo en voz baja unos versos y otros. No quiso interrumpirlo y fue acercándose lentamente. Pero el oído de poeta es fino y aleccionado, tanto que, sin volverse, le preguntó qué quería. El joven príncipe contempló de nuevo el prodigio del juglar. Juglar despojado de sus ropas vistosas. No más rojo y verde, azul y amarillo. Pequeño cuerpo flaco, arrugado, huesudo. Cabeza calva, ralos pelos en las sienes, sin el brillo del puntiagudo y multicolor gorro, tenuemente ladeado. Manos cansadas, reposando sobre las rodillas protuberantes. Manos sin la ligereza de los dedos sobre la flauta, o de la tensión sobre las cuerdas, sin la firmeza para elevar al aire las pelotas de colores. Instrumentos esparcidos por el suelo, el abandono de las formas y los sonidos mudos. Sólo madera, caña, seda. Y el juglar de voz ya no modulada, suave en los trances de amor, enérgica en las batallas, tranquila en los paisajes, alterada en los conflictos, le había preguntado, enronquecido y áspero, qué quería. Y el niño no podía responder.

El silencio hizo volver la cabeza al viejo juglar. Y el viejo juglar rió, rió y rió.

—¿Qué quieres? ¿Qué es lo que quieres? Ahí parado sin hablar. Vete a dormir.

—Que me lleves contigo. Eso quiero, nada más.

—¿Nada más? El pequeño príncipe quiere irse con el viejo y sucio juglar. Nada más.

—Sí, nada más. Y aprender de ti. Si me dejas. Y ayudarte a cargar tus instrumentos. Nada más.

—Vete a dormir, pequeño príncipe. No sabes lo que dices. Te has

creído mis historias. No sirves para juglar: la poesía no es verdad. Vete, vete ya.

El niño no pudo irse con el juglar. Pero el niño nunca lo olvidó y esperó a crecer. Cristales de nieve se formaron sucesivamente. Luego hubo deshielos y retoños. Luego, pródigas cosechas. Hubo fiestas, hubo torneos y las hermanas casaron. El joven príncipe seguía esperando. Algún día regresaría el juglar por él.

Y el viejo juglar regresó. Regresó enfermo, sin sus multicolores ropas, sin sus instrumentos, sin sus perros, sin sus pañuelos mágicos, sin sus pelotas, ni sus palillos. Sólo con su pito y tambor.

El príncipe lo toma de la mano y lo lleva a sus habitaciones. Lo acuesta en su lecho. Lo arropa y le da leche caliente a beber. El juglar no habla; sus ojos agradecen y sus manos temblorosas se aferran a las del príncipe.

¿Qué hacer con un juglar que está muriéndose? ¿Cómo entender su mensaje si no habla? ¿Cómo pedirle que le transmita su ciencia? Tantas cosas que preguntarle y no poder preguntarle nada.

El príncipe toda la noche la pasa en vela. Al amanecer el juglar abre los ojos y entonces habla:

—Sé lo que quieres. Por eso vine a morir aquí. Serás mi heredero y no el heredero de este castillo. Escribí para ti mis cantares de gesta y mis poemas de amor y soledad. Sólo pude conservar el pito y tambor, pero bastarán para empezar. En lo que resta, antes de que salga el sol, te enseñaré las melodías, y los juegos malabares tú podrás practicarlos. Irás a Picardía y buscarás la escuela de los juglares. Ahí aprenderás el arte de la rima y la medida. No olvides los perros y sé siempre su amigo. Dame ahora algo de beber que mi garganta se reseca y los labios me arden.

No más habló el juglar. Aún pudo ver salir el sol y esto le alegró porque sonrió para siempre.

Ese mismo amanecer, el príncipe partió para tierras lejanas, sin despedirse de nadie y dejando en su lecho al juglar muerto. Llevaba unas cuantas provisiones y algo de ropa en una talega, y, colgado al cuello, el tambor. Los poemas los llevaba también, guardados junto a su pecho para así sentirlos mejor.

Caminó por campos de trigo. Por campos de vida. El amor en un pajar. La muerte colgada de un árbol. La campanilla del leproso. El romero con fe y el romero sin ella. El atrio de la iglesia y los cuerpos fornicando. Los cadáveres arrojados a la cal, por miedo a la peste. La mujer loca, de todos temida, cabellos sucios, boca desdentada, andrajos y piel en la misma costra, con sólo viva la

obsesión de la lujuria. El campesino condenado, con el barro a la rodilla, y el siervo de espalda desgarrada. Tanto grito de dolor y de espanto. El gallo del amanecer, ya no alegre, nuncio sí de pena precisa. Y luego los caballeros y las damas, despreocupados, indiferentes, en lo alto del torreón, sin qué cosa hacer, inventando el tedio y adorando el hastío. Cantando. Danzando.

El príncipe juglar va fatigando tierra y piedras, encaminándose a Picardía, ya triste, ya lejano. Con muchas palabras para escribir y muchas dudas para soñar. ¿Le gustaría al siervo oír del caballero y al caballero del siervo? ¿Al que no conoce el dolor, del dolor y al que vive en dolor, del placer? ¿Crear la duda y la mentira, la envidia y el deseo? Porque no es otra la manera.

Con su tambor al cuello, el joven juglar sigue adelante, sigue adelante. El ritmo del camino lo va sintiendo en los pies. El corazón y los dedos se le escapan para tamborilear levemente la tensa piel de la caja sonora. Quizás el único propósito de su arte sea provocar el instantáneo olvido, porque el siervo sabe del caballero y el caballero sabe del siervo, y no se engañan aunque pretendan hacerlo. Risa y lágrima vuelven al ansiado no haber aún nacido. Quien sueña, regresa y recobra. En la fugacidad, la eternidad: lo que tarda una pelota en elevarse al aire y pasar de una a otra mano, tan rápido que la vista no puede seguirla; o la melodía que se funde con el viento; o la palabra que enjuga el pesar; o la maravilla de un pañuelo de seda verde que se vuelve rojo.

El joven juglar suspende las altas torres de Picardía. (De las reglas de Ramón LLull recuerda que del amor que reciba habrá de devolver caridad y ejemplo.)

El joven juglar sueña su tambor.

XIII. EL PRISIONERO

"Fueron mis lágrimas
mi pan de día y de
noche, mientras me
dicen todos los días:
¿Dónde está tu Dios?"
Salmo 42, 3.

Aquí, en el rincón de la celda, con las uñas arrancadas, el cuerpo maltrecho y amoratado, sé que he colmado la medida del dolor.

El dolor físico estalla las células y retuerce los nervios. Trae al principio el miedo y luego el olvido total. Al final ya nada importa y renace el valor. No hay qué perder si todo se ha perdido. No hay temor de hablar porque las palabras son vacíos. Sólo queda el dolor constante, desde un extremo a otro del cuerpo.

Es entonces cuando conozco mi cuerpo, cuando lo siento, poro a poro, desintegrarse velozmente en latigazos soñados.

El tiempo no existe: un ojo cerrado por los golpes no necesita saber si es de día o de noche; una pierna con los huesos rotos no lleva a ningún lado; un sexo mutilado no conoce el lapso del placer.

Ya nada me hace falta. Todo me sobra. Pensar en el regreso no es pensar. Si como un relámpago, surge la luz de la cara de ella, me sorprende y no la reconozco.

Porque si la reconociera, lloraría y el salobre de las lágrimas haría arder aún más el lugar de las uñas recién arrancadas.

Pero sí la reconozco, y la luz de su cara está ahí en la pared, donde no veo las manchas de sangre ni los insectos aplastados. Ella sonríe y entonces la recuerdo.

Sus ojos. Su pelo. Su mano acariciándome.

No, no quiero acordarme. Acordarme es sonreír, es perdonar. Y no quiero.

Mejor es el sopor del pensamiento delirante. Los ojos opacos de los verdugos. Las bocas lacias de los torturadores. Los palos, los

látigos, los cuchillos. Todo lo duro y todo lo cortante.

No la cara de ella, ni su piel suave. Nada. No recordarla.

Ni siquiera hablar. Olvidar también el lenguaje. Sólo los gritos. Volver a lo más primitivo, a la oscuridad de la caverna, a la roca pertinaz.

Pero he aquí de nuevo la luz, una especie de amanecer que lucha contra tinieblas espesas y obstinadas. Una luz confusa, lenta, casi ciega, como cuando pueda empezar a abrir el ojo golpeado.

No es una luz que indica tiempo, no es una luz que ilumina. Es un hueco alumbrado dentro de mí, en mis entrañas, irradiando hacia todos los puntos de dolor de mi cuerpo. Es una claridad que me trae calma. Es una certeza de que el sufrimiento llega al fondo, pero que eso es todo y que la arena lo cubre y el mar lo lava.

Es la luz del bien que dora el espacio de la celda y que niega la raíz del mal

Mi cuerpo, todo él bañado en luz, deja de doler. Creo que he sonreído. Creo que descanso. Creo que duermo. Creo que al despertar recobraré la esperanza perdida. Creo que entonces sabré contestar dónde está Dios.

XIV. BREVE MUNDO

Junto al bosque fue donde los hombres levantaron cercas de alambre de púas y crearon un breve mundo cerrado. Construyeron torres de vigilancia, y soldados de casco de acero y con ametralladoras aguardaban. Adentro instalaron desnudas casas grises y frías, sin chimeneas y con ventanas sin cristales.

Dicen que ahí no volaban las mariposas ni crecían las flores, que el sol no calentaba ni el aire era transparente. Tampoco había árboles, ni pájaros que encontraran un lugar donde anidar. El suave bullicio del bosque cercano —roce de hoja con hoja, breve cristalino río, sordos zumbidos de insectos aleteantes, fragancia única de flores varias, una huella que sorprende o un sonido discordante, verdor de sombra fresca—, suave bullicio, en fin, nunca llegó al campo cercado. Como si los pájaros suspendieran su vuelo ante lo desconocido, como si el agua y el aire guardaran silencio, como si la vida acabara y una parálisis cósmica flotara en amenaza. Ese trozo de cielo ningún ser vivo lo cruzó. ¿Quién puede mirar al vacío?

Y abajo, en los límites de ese campo cercado por los hombres, pequeña vida empezó a crecer. Niños, muchos niños vestidos en forma inusitada, largos gabanes oscuros hasta el suelo, pantalones que se arrastran, ropas de otros cuerpos que no hallan su acomodo. Ropa errada, pero ropa deseada. Quien tiene un abrigo, aunque esté manchado de sangre, no lo habrá de soltar. Quien pudo quitarle una camisa a un muerto, la usará. Y el más afortunado de todos, el que consiguió un par de zapatos de cualquier medida. Ropas apolilladas, sudadas, pardas y malolientes. Ropas, todas ellas, no obstante con un signo: sobre la manga izquierda una estrella amarilla cosida. Este es el uniforme de los niños que llenan las casas grises del campo cercado por alambres de púas y vigilado por soldados de altas botas negras, desde torres grises.

Los niños son muchos y no saben por qué han sido llevados allí. Tienen hambre y fatiga y el frío en las noches no les deja dormir. Cuando comprenden que habrán de pasar días o meses o tal vez años en ese lugar, lavan sus ropas y las tienden al pálido sol. Sus cuerpos desnudos tiritan y sus huesos se entrechocan. Todos están rapados y breves puntas de pelo empiezan a crecer. Algunos tal vez vivan hasta que sus cabezas se recubran de revueltas cabelleras.

Otros, tal vez no vivan.

Dentro del campo hay un embrujo: nada brilla ni nada tiene color. Si el cielo no se ve es porque negras alas malas lo cubren. Negras alas de dragón, rey de la muerte y la desolación.

El dragón que revive cada vez que el hombre peca y lo invoca, obediente es y fiel a los labios que aprisionan sapos y víboras.

Dragón de escamas verdes que una a una, mil a mil, engranan perfectamente y van de más a menos y de menos a más, moldeando el imponente cuerpo, las larguísimas alas, la cruel cola y las patas terminadas en potentes garras. Su cabeza, si en reposo no tan feroz, abiertas las fauces lanza sin piedad llamas a diestra y siniestra. Dragón que creíamos de cuento de hadas y por nuestro error vuelto a nacer.

He aquí que el hombre que llama al dragón, de él se vuelve su esclavo y tiene que alimentar su vientre hinchado y su apetito insaciable. Porque el dragón todo lo promete, pero todo lo exige.

El dragón va lentamente contagiando con su fuego letal y los hombres que lo adoran marcan sus cuerpos frente a él y derraman gotas de sangre como sacrificio auspiciatorio. Estos hombres, con el signo grabado a fuego del dragón, ya no son libres, son la espada que van penetrando los cuerpos de los hombres que aún son libres. Aspiran al poder total del mundo y hacen crecer las ramas asfixiantes y las hierbas venenosas. El dragón reina en el corazón de estos hombres y sus ojos ya no ven, ni su piel siente, ni su oído oye; pero en cambio, su pulso es infalible dardo; su fuerza, pesada cadena; sus músculos, artificio de acero.

Fabrican armas poderosas y torturan a quienes no se convierten a su locura. El dragón sabe instilarles gotas de ceguera y relámpagos de odio. A su paso, todo lo destruyen y lo pisotean y lo escupen.

Han jurado matar a todos los niños que llevan la estrella amarilla. Los traen de todos los rincones del mundo y esperan que llegue el tiempo de la muerte.

El dragón, desde lo alto, también espera regocijado el tierno alimento que habrá de recibir, extiende sus alas y oscurece aún más cada día.

La oscuridad es tal que apenas se distingue el ciclo del sol y de la luna. El frío arrecia y los niños se juntan, cuerpo con cuerpo, para recoger algo de calor. Se toman de las manos y cantan y empiezan a bailar, un baile lento y un canto ininteligible. Los niños son así.

El dragón se altera y bate las alas. Caen, como copos de cristal en fina lluvia, sus escamas relucientes. Así es el dragón.

Pero los soldados no son así y empuñan sus armas y redoblan la vigilancia. Pulen sus altas botas y sacan brillo al fusil.

Ocurre que un día, los niños empiezan a dibujar y todo lo que faltaba en ese estrecho mundo cerrado va apareciendo en trozos de papel recogidos de cualquier rincón. Rojos soles, casas con puertas y ventanas con alegres cortinas, chimeneas humeantes y caminos que llevan a la casa bordeados de flores y altos árboles al fondo. Niños y niñas que saltan y juegan; hasta perros y gatos y pájaros y mariposas, sobre todo mariposas. Grandes flores azules pegadas en las paredes. Soles derramados por todas partes.

Pero esto no se soporta. No es posible crear luz en un mundo oscuro. Una sonrisa no está permitida. El dragón trae la negrura total. Los soldados sacan a los niños uno por uno. Uno por uno se elevan en fuego hacia las fauces del dragón.

Y aún más arriba y más aún, hasta alcanzar el cielo abierto.

Envueltos en llamas, sus cuerpos resplandecen y alumbran. Es tal la intensidad de la luz que los soldados y el vencido dragón quedan ciegos, no sin antes haber podido contemplar, en asombro, un nuevo paraíso cerrado donde son tantas las multicolores mariposas de fuego que los niños no podrán atraparlas.

XV. EL TELÓN DEL SUEÑO

El hombre era grande, fuerte, ancho. Su cara nunca la pude ver bien. Vestía de gris, con un amplio abrigo, casi hasta el suelo. Era un criminal escapado o, tal vez, alguien que ya cumplió una condena. Sin embargo, lo están buscando de nuevo.

Es otoño avanzado y el frío es cortante. Las hojas del parque, o del bosque, cubren en crujientes capas la tierra. Hay humedad en el ambiente. Sucede en Inglaterra o en Nueva Inglaterra o, en todo caso, en algún bosque nórdico de Europa.

La gente de la comunidad está preocupada porque el criminal anda libre. Tienen miedo y todos hablan de él.

El criminal ha empezado a matar de nuevo. Eso dicen. Mata niñas. Tiene además una manía: lee infatigablemente. ¿Qué lee? Pues no lo sé exactamente. Pero son libros de duendes y hadas y seres maravillosos que él cree que existen.

A veces lo veo paseándose por el parque, ese parque umbrío, algo abandonado, con hojas de otoño, que más bien parece bosque. El hombre camina con un libro en las manos, leyendo en voz alta. Tal vez haya matado a varias niñas, pero yo no lo sé, ni tampoco lo he visto. Dicen.

Camina y lee en voz alta. Entona y actúa lo que lee, y da gusto oírle. Parece un antiguo juglar, no muy ágil, y calvo.

Todas las niñas que mató vestían de uniforme azul marino y cuello blanco almidonado. Todas ellas iban al mismo colegio. Cuando las sacaban a pasear al parque iban en filas de dos en dos y sus trenzas golpeaban al unísono sobre sus espaldas. La maestra que las guiaba era severa como el negro de su traje. A pesar de que nunca se apartaban ni se alejaban una de otra, las mataron. Así pasa, a veces.

En el colegio de San Jorge, adonde iban esas niñas, hay una gran fiesta. Es la fiesta del patrono. Pero no todo es alegría, hablan del criminal y de las pobres niñas. Hay mesas largas, largas, que son muchos los invitados. Hay también remordimientos y sentimientos de culpa. Hay jarras en las mesas, de rico ponche. Todos beben y brindan. Una maestra, regordeta y de cara alegre, ha bebido mucho. Toma la palabra y defiende al criminal. Al hacerlo me mira a mí, como si yo también estuviera de acuerdo. Yo no digo nada.

Después, he visto varias veces al criminal por el parque, siempre leyendo y caminando. Parece un ser magnífico. Escapado de un sueño o de un cuento de hadas. Cuando lo veo —por suerte él no me ve a mí—, no quiero que lo atrapen, a pesar de que sé el daño que está haciendo —me refiero a las niñas que mata. Pero, en cierto sentido, es como un poeta.

Entonces, veo en el parque una niña. Se ha subido a lo más alto de un árbol y sus piernas desnudas se balancean de una rama. Es una niña libre que, seguro, inventa cuentos y que juega sola grandes juegos de la imaginación. Es una niña feliz porque no tiene ni calcetines ni zapatos. Debe hablar muchos idiomas que solamente ella conoce, entre ellos, el de las plantas y las hojas, el de las ardillas, el de los escarabajos, el de los árboles desde luego, y muchos otros. Además no va a ningún colegio y es, por eso, más feliz y más sabia. Canta canciones del viento y de la montaña que nadie había oído. Corre tan veloz como una liebre y acomodada en un árbol se siente como en su casa.

Cuando veo a la niña, pienso que el hombre va a matarla. He visto que él lleva una cuerda muy larga en la mano, arrastrando por la tierra. Antes de que sucedan las cosas, empiezo a pensar en algo para que la niña se salve. Pienso que si ella no se asusta y le habla y le besa, él no la matará. Y no sé cómo lo que yo pienso sucede.

Al verla en el árbol, el hombre se acerca lentamente y prepara la cuerda. La niña lo ve y le llama; con un dedo en los labios le pide que guarde silencio. Él se sorprende, pero sigue pensando en matarla. De pronto, la niña se lanza del árbol a los brazos del hombre y él, sin remedio, la coge al vuelo. Ella empieza a hablarle de duendes y gnomos y elfos. Le acaricia la cara y se acurruca en sus brazos. Él, que iba a matarla, ya no puede hacerlo.

Ahora son muy amigos y pasean juntos de la mano por el parque. La niña parece una hadita. Va vestida de largo con un traje antiguo, y de su bolsillo asoma lo que se asemeja a una vara con una estrella brillante en la punta. La niña, descalza, no parece pisar el suelo y habla y habla infatigable. El hombre sonríe.

Llegan a la casa de la niña, una casa antigua en el parque o en el bosque, que nunca nadie había visto. También parece una casa abandonada, pero limpia y en orden. Las puertas son altas y de madera tallada; los ventanales, emplomados; una chimenea en forma de sombrero alto de copa por donde sale un espeso y

acogedor humo.

Allí viven dos mujeres, que son parientes de la niña y aún participan más del mundo de la maravilla. Visten trajes anticuados y estrafalarios: altos sombreros cónicos, ropas largas y de amplia caída, prenda sobre prenda, tonos alegres, de azul y rojo, personajes de cuentos recordados.

Parecerían brujas, pero benignas, o duendes, pero altas. Cuando la niña entra con el hombre, se ocupan en menear la gran cuchara del enorme perol negro humeante. Ellas ya no dudan de la fantasía y viven a gusto así. La niña, todavía juega con dos mundos, aunque se inclina más al imaginario: lo acepta, lo hace suyo, lo comprende. Por eso, quiere salvar al hombre y lo ha traído a su casa. Las brujas benignas o las duendes altas lo acogen familiarmente.

La niña lleva al hombre al sótano, claro y bello, con puertas labradas y pintadas que dan también al bosque. Pero a mí me preocupan las puertas, que no tienen cerradura. Además, yo he visto algo que ellos no han visto, y es un detective con un saco a cuadros, escondiéndose entre los árboles y observándolos.

La niña deja al hombre en el sótano y se va a buscar algo. El hombre recorre el sótano, espacioso, con luz, lleno de muebles antiguos, limpio, impecable, y todo le gusta y se frota las manos de contento. Piensa que ahí vivirá en paz. Sobre todo le agrada que no haya ni una partícula de polvo. Empieza a arreglar las cosas a su modo, como quien ha encontrado su morada.

El otro hombre de afuera, el detective o lo que sea, va acercándose y ocultándose. Por fin llega a la puerta que está entornada y entra sin hacer ruido.

El hombre ocupado en arreglar el sótano no ha notado nada. El otro empieza a ayudarle pasándole objetos y cachivaches. Le da una figura de cera verde desteñido que es media corona de velas de las que sirven para adornar las puertas en Navidad. El hombre no se da cuenta de quién le alcanza esa corona y se la lleva a una alacena enorme. Se mete a guardarla.

En ese momento yo ya sé lo que el detective o el hombre del saco a cuadros va a hacer: lo va a encerrar.

En efecto, lo encierra rápidamente, y no me explico cómo, porque no había cerraduras, y se guarda la llave.

La escena se va alejando, a la manera de cámara de cine, y yo siento mucha tristeza. Veo el bosque, o parque abandonado, las hojas caídas, el viento frío arrastrándolas, el cielo gris.

Cae el telón del sueño.

XVI. HUERTO CERRADO, HUERTO SELLADO

Huerto cerrado eres, mi
hermana, esposa mía;
fuente cerrada, fuente sellada.
El cantar de los cantares, 4, 12.

Es más difícil escribir del amor redondo y perfecto. Como manzana, como hoja de olmo, como flor de pétalos exactos. Grano de arena, dorado y cristalino. Gota de agua, precisa y transparente. Diamante de aristas bien pulidas.

Mucho más fácil el amor triste, el separado, el de metáforas y sinsabores, el que recuerda, el que se queja, el incompleto. ¿Con qué palabras describir el amor hecho a imagen de Dios? ¿Cómo transmitir el sueño vivido? ¿Qué decir de un hombre y una mujer que se aman?

Porque hay palabras que estorban. Palabras que se han desgastado. Palabras que ya no suenan. Palabras que, sin embargo, aún significan, lejos, muy lejos. Palabras que ya no podemos pronunciar y que son únicas. Palabras que no es posible escribir, pero que todos sabemos penetrar.

Silencios. Huecos. Vacíos. Siglos de poemas de amor. Hoy que en nada creemos, qué se puede decir de quienes se han salvado en una pequeña tabla de náufragos.

Pues bien, sí, sólo queda volver a las palabras más sencillas, a la depuración total del lenguaje, a la absoluta humildad del amor de cada día. Buscar en el amor lo eterno. Buscar en la pareja a Dios.

Poder decir, por ejemplo, como don Sem Tob de Carrión,

Fallé boca sabrosa
saliua muy temprada:
non vi tan dulce cosa
más agra a la dexada.

Pero no decirlo, por la grave y atormentante ineficacia de la palabra. Si no sirven las palabras, más que en una medida aproximada, si apenas rodean lo que sentimos, si casi no encontramos las que necesitamos, cómo, entonces, explicar lo que es único e irrepetible. ¿Cómo el íntimo proceso de vivir la vida en completo amor hacia ti y hacia toda la creación puede ser separado de su medio, de su constante desarrollo en moldes internos, de su crecer y crecer en matices y en gestos y en caricias, y derramarse hacia el exterior? No hablamos ni escribimos, sólo traducimos si acaso. Motivos, señales, pensamientos conocidos y no expresados. Todo un mundo de claves y enigmas entendidos sólo por dos, sólo por Dios. Y entonces, de lo particular saltar a lo universal. El deseo de que las claves y los enigmas sean ya lenguaje de los demás. Que la belleza recóndita ilumine no sólo tu rostro y el mío, sino que sea espejo fiel para los demás.

Si alguna fórmula de alquimista distraído, perdida en algún viejo papel, hubiera hallado, junto con la Piedra Filosofal, la del amor en palabras, podría acudir a ella para definirlo. Pero como el sueño del oro, qué importa la definición. Porque como en el sueño de los sueños y en los límites de la vigilia, sólo queda la sensación y la profunda grandeza de lo perecedero. La sensación que se pierde, el instante del placer inasible, la ola en su pico, antes de caer, la espuma antes de desaparecer, el copo de nieve bajando, la llama inquieta en el tronco crepitante, el breve lapso de nuestras vidas, río abajo hacia la mar. Así, esa instantánea grandeza, es la grandeza de nuestro amor. El tuyo y el mío. Porque somos la primera pareja que Dios creó, a su imagen y semejanza, y polvo y amor.

Ojos, manos, cuerpos, almas en dualidad y siempre la presencia del hálito deificador. Entregados al amor, hacemos también nuestras las tres vías espirituales, la purgativa, la iluminativa y la unitiva. Así como San Juan del lenguaje amoroso pasó al lenguaje divino, nosotros vamos y venimos del uno al otro y no establecemos fronteras. Cada instante iniciamos la labor de perfección y lo alcanzado al fin del día es poco comparado con lo que aún nos queda por alcanzar.

No descansas ni descanso en el cultivo del amor, arte la más exigente, cuyas reglas son constante quehacer. Erraron los trovadores de Provenza que se recrearon elaborando sutiles leyes

del amor y que quisieron aprisionar el aire del pájaro más libre. No, el amor nace cada día y el de hoy no es como el de ayer. Razón de amor es lento aprendizaje, exigencia de huerto florido. Temido, como Dios. Amado, como Dios. Llama a muchos y elige a pocos. Hay quienes prefieren la periferia, sin tener que romper el núcleo de la pasión. Que el amor es batalla, ya Góngora lo dijo, para que Mallarmé lo repitiera,

a batallas de amor campo de pluma.

Y pues, a veces, preguntas y pregunto otras posibilidades de amor. Buscas y busco, en un afán de perder egoísmos imaginados, culpas de felicidad alcanzada. Inútilmente. Y aun prueba más de unicidad: me detengo. En ti llevas la multiplicidad y en mí la provocas. Plurimicro-cosmos. De nuevo, imágenes en espejos encontrados, esculturas de juegos de cristales. Ojos que reflejan ojos y ojos del alma que se pierden en absolutas profundidades, abismales, temibles, ignotas. De ahí, la fuente del conocimiento, el esfuerzo de la imaginación viva. De lo informe la forma, de lo perdido lo recuperado, del olvido el recuerdo.

Sólo contigo reintegro la dualidad separada, la sensación inmensurable de la comunión con la naturaleza, de ser parte granada del todo universal, de haber adquirido lugar exacto en la creación, de haber descifrado propósitos de la existencia, borrado la caída y alcanzado el paraíso.

Esfuerzo doloroso de encerrar el amor en vaso de frágil cuerpo, siempre pendiente de leve golpe y sonido irremediable final. Y, aún así, de tanto temerla, ya no temer más la muerte del cristal.

XVII. LA AÑORANZA

De pronto, sin ninguna invocación concebida, surge la añoranza. Puede aparecer entre las seis y las ocho de la noche, mientras cae una lluvia transparente y segura, sin que haga viento, y con algún que otro trueno lejano pero pacífico. O bien, cuando duerme la siesta una niña y todos guardan silencio en una casa. O en un rayo de sol que ha surgido detrás de una nube. O puede venir arrastrada por una palabra dicha al acaso, apenas silabeada, como brote de murmullo. O de la contemplación de unas frutas torpemente colocadas, por una mano apaisada en algún platón deslucido y triste. O de un cielo de fuego, en el ocaso, luchando por no apagarse y conociendo su armonía que huye de la muerte.

Y, luego, cuando ella aparece, no sabemos cómo llamarla ni qué es lo que nos evoca. Sólo nos quedamos contemplando una imagen que elevamos sobre su mediocridad o nos dignifica por su plenitud. Y ya que la tenemos ahí, aparece un deseo. Un deseo que nunca hemos satisfecho y que ignoramos de qué modo satisfacer, y que nos aterra morir sin conocer. Es entonces la añoranza la que nos invade: más terrible porque no nos dice qué debemos añorar. Y cada momento de su presencia —tan real y tan fugitiva a la vez— lo gozamos con lentitud, y todos los objetos y las ideas que nos rodean se alargan indefinidamente, como la línea conjuntiva del mar y el cielo.

Pero cuando más segura la creemos tener, cuando estamos a punto de penetrarla y deshacer su enigma, se desvanece, sin dejar rastro, ni concreto ni imaginario. En ese momento, deja de llover, o despierta la niña y el sol se nubla, o la palabra se vuelve imperceptible, o la simplicidad nos abruma y el fuego se apaga.

Entonces, nos quedamos peor que en tinieblas, porque hemos sentido la gracia de la luz, con la impotencia de su comprensión.

El tiempo se nos escapa en preguntas y en buscar almas afines, deseos idénticos, soledades compañeras. Y la añoranza sigue ahí, con mayor o menor fuerza recordatoria, pero hurgando una cicatriz que recidiva y nos hiere.

Porque añoramos, añoramos.

XVIII. VAGAMENTE, A LAS CINCO DE LA TARDE

En el parque, a las cinco de la tarde. Me siento en uno de esos bancos de hierro, pintado de verde, junto a la fuente de cuatro chorros de agua que suben y bajan sin cesar. Lo primero es ver y oír el agua. A falta de mar, de un río, de cualquier corriente de agua, por humilde que sea, en esta ciudad encerrada, tengo que conformarme con las fuentes de los parques. Así, voy persiguiendo al agua, y donde la encuentro tengo que pararme a contemplarla y a sentirla. Nacimos frente al mar, y padecemos porque lo perdimos.

El chorro de agua se vuelve blanco de espuma, y se derrama en cabelleras interrumpidas que salpican y sorprenden. Un ventecillo suave acaricia rostros y pieles, mece hojas y orea flores. La gente a mi alrededor empieza a definirse: hay niños, hay viejos, madres, niñeras, hombres que venden globos, helados, frutas. Hay color y sonidos sencillos. La luz de las cinco de la tarde, a finales de invierno, es la más transparente que pueda haber, pero su duración es tan breve que la impaciencia por absorberla la hace correr más de prisa. Azules, rojos, amarillos, verdes, y al fondo, la espuma del agua. Sólo entonces noto, al otro extremo del banco, un hombre joven, casi estático, de perfil tranquilo, de pelo largo y suave, de manos de dedos afilados. Sus ojos se cruzan con los míos por un instante, ojos grandes, brillantes, como afiebrados, profundos, inquietos, tan en contraste con su cuerpo laxo, con sus músculos relajados. Tiene a su lado un montón de libros y un cuaderno. De vez en vez escribe, pero sobre todo se queda largos ratos contemplando el agua de la fuente, como sorprendido, como maravillado. Pienso que también para él el agua sea esa corriente de tranquilidad que es para mí.

Las partículas de transparencia que se unen en claridad y en frescura se me aparecen como una a una y como un todo a la vez. Las líneas de un trazado perfecto, conciso, fluido, se unen y se separan en continuo movimiento. El agua nunca para, va a morir al mar. El agua gira, y el agua sube y el agua baja. El agua va y viene, trae y lleva, entrega y recoge. El agua nace y el agua muere. El agua es espejo y el agua es luna. El agua apaga la sed. El agua purifica. El

agua resbala por la piel. El agua penetra la tierra. El agua cae. El agua corre. El agua. Brota, empapa, perfora constante. Cambia voluble, escapa y vuelve. Se hunde y desa-parece, humilde. En cataratas se anuncia a gritos. En el mar, siempre es la misma. El agua.

Agua para ti y agua para mí. Elemento de la vida. Sin agua, ni tú ni yo estaríamos aquí. Sin agua, la muerte. Sin agua, sin amor. "Y Dios a la reunión de las aguas llamó mares, y vio que era bueno." La primera cosa que fue buena para Dios fue el agua. Y el agua fue buena para Adán, y para Abraham y para Moisés. Y para ti, y para mí. Agua tuya, agua mía.

El hombre al otro extremo del banco se ha levantado. Camina, casi sin pisar el suelo. Es alto y delgado. Sus brazos casi se descuelgan. Su cabeza es un ave pronta a volar. Sus piernas, a veces, tropiezan y recupera el equilibrio en un movimiento lento que tampoco es esfuerzo. Parece como si cada parte de su cuerpo tuviera su vida aparte y que fuera una sorpresa esa unión de miembros dispares entre sí: una pierna y un pie, el cuello y la cabeza, ese brazo que cuelga a un lado, el tronco recto, el corazón que sangra, los pulmones henchidos, el cerebro dando vueltas y revueltas, el sexo golpeando suavemente entre los muslos. El hombre se ha marchado, vagamente, a las cinco de la tarde. Su silueta se ha esfumado, tras de una esquina. No sabré quién es, ni volveré a verlo. Pero ha dejado algo. Su cuaderno sigue en el banco. Ya es tarde para llamarlo, y aunque pudiera, tampoco lo haría. Algo ha quedado para mí. Recojo el cuaderno y empiezo a hojearlo.

El hombre ha escrito:

"En el parque, a las cinco de la tarde. Me siento en uno de esos bancos de hierro, pintado de verde, junto a la fuente de cuatro chorros de agua que suben y bajan sin cesar. Lo primero es ver y oír el agua. A falta de mar, de un río, de cualquier corriente de agua, por humilde que sea, en esta ciudad encerrada, tengo que conformarme con las fuentes de los parques. Así, voy persiguiendo al agua, y donde la encuentro tengo que pararme a contemplarla y a sentirla. Nacimos frente al mar y padecemos porque lo perdimos."

XIX. LA VIDA NO TIENE FÁBULA

"La vida no tiene fábula: es diversa, multiforme, ondulante, contradictoria… todo menos simétrica, geométrica, rígida."
Azorín, *Antonio Azorín.*

Como todo es posible en mi interior, voy a escribir lo que he sentido una tarde. Todo viene de la soledad y en la soledad acaba. Nadie a mi alrededor, nadie que me distraiga, que me haga irme de mí. El silencio. El silencio poblado de mí. Eso es todo. Entonces surge la comunicación. El deseo de entregar esta riqueza de soledad, de romperla, de estrujarla, de volverla palabras que dejan de ser solitarias, unas al lado de otras, pocas, muchas.

El libro que releo es *Antonio Azorín.* Después de tanta lectura desordenada y desordenante, surge el deseo de volver a un texto claro, tranquilo, ejemplar. Azorín me vuelve a un cauce de orden y perfección, como el amante cansado de la orgía y el olvido, vuelve a un amor de claridades internas. Pero interrumpo la lectura, porque surge otro deseo, el de poblar el silencio con otra soledad, la de la música. *Dido y Eneas,* de Purcell. También Purcell me vuelve a la luminosidad de una belleza perdida: el ritmo que se desarrolla en sonido armónico, en melodía de principio a fin unitaria, integrante, definible. Todo acaba y comienza en la música. De la música, la creación. De la línea melódica, la pureza de un sentir, de un pensar, que se entremezcla en voces, sonidos, tonos, instrumentos. La imposibilidad de establecer la sensación profunda y envolvente de un instante musical, en que concuerdan voz, instrumento, melodía, y, sin poder apenas aprehenderlo, pasar al instante siguiente. Esa incapacidad de retener la música un momento, porque la música, como el río, fluye, se escapa, corre hacia el mar y la muerte. La música, como la vida, no puede repetirse, y nos exige absobernos totalmente en ella, perdernos en éxtasis de amor, porque es tan frágil que en su instantaneidad está su comprensión, y también su pérdida.

A mi lado, Terry, mi perro, se despereza plácidamente, como si, por igual, la música invadiera su cuerpo, sus músculos, su sensación de comodidad. De vez en vez, levanta su cabeza y con sus ojos me hace esa pregunta que siempre hacen los perros y que nosotros no sabemos contestar.

Todo eso en una tarde. A las cuatro, un jueves, primero de febrero, yo sola en casa. La vista perdida, mientras la música me penetra y el recuerdo del ritmo de Azorín repite frases y palabras en mi interior pasivo. Si miro al tapete, este tapete persa, de dibujo barroco, de colores avenidos, el diseño se ondula, se acerca, se aleja, se encoge, como el efecto de una droga conciliada, como el aura de la epilepsia. Y entonces noto que me principia, levemente, una jaqueca. Sé que en una hora, el dolor será insoportable. Pero mientras dure la música de Purcell, el vaivén de la jaqueca será un fondo más que me acompañará en esta que, empiezo a sentir, falta de soledad, pues tantos goces y dolores y recuerdos están conmigo. El efecto del tapete, su ondulamiento, vuelvo a repetirlo, y pienso que, ahora, ha sido consciente, que yo he querido que así ocurra. La jaqueca va intensificándose, podría tomarme unas pastillas para que el dolor no avanzara, pero levantarme para ir a buscarlas es algo que no haré. Este momento no puedo interrumpirlo. Después de todo, el dolor me da cierta calma, cierta emoción de vida, de presencia, de saber que estoy aquí, ahora.

Y entonces, surge esta sensación de plenitud. Purcell me llena, el paisaje de Azorín es ya mío: su tierra, sus campos, sus pequeños seres y cosas. (El deseo de copiar un paisaje, lejano pero añorado, en esta ciudad encerrada: "El sol blanquea las quebradas de las montañas y hácelas resaltar en aristas luminosas; el cielo es diáfano; los pinos cantan con un manso rumor sonoro; los lentiscos refulgen en sus diminutas hojas charoladas; las abejas zumban; dos cuervos cruzan aleteando blandamente.") Ni un resquicio de mí se libra de esta inmersión en el aire, en la sonoridad, en el eco. La música me lleva al mundo de la verdad y a mi ser real: sin tiempo, ni espacio, con esa agradable sensualidad de flotar, de comunión, de goce místico. Siempre la música incita a la creación: desborda. Devuelve tranquilidad. Borra angustia, dolor y pánico: el pánico que es vivir.

Luego, según *Dido y Eneas* se desarrolla, surgen otros recuerdos, y al unísono del coro de las brujas otras escenas se me aparecen al azar, como sueños entremezclados: Cervantes, Pereda, Goya, Román Polanski, y la jaqueca se me recrudece. Y las carcajadas se me clavan dolorosamente. La luz de las cuatro de la tarde es ya

intolerable, quisiera incorporarme a cerrar las cortinas.

Se afianza esa necesidad de no decir las cosas del todo, de dejar que los otros adivinen, intuyan, comprendan. Mayor gozo para mí, si lo logran. Para ellos, también. Que quede la duda, el misterio. ¿Quién poseerá la clave? Acaso nadie, acaso yo, tú, acaso Dios.

Mi perro se asoma al balcón. Igual debe sentir cierto placer en la soledad y en la contemplación de otros fragmentos de vidas. Queda estático, con sus ojos inteligentes. El disco ha parado. Todo ha parado. Ha muerto Dido y la profecía de las brujas ha prevalecido. Sólo queda esta sensación, que empieza en seguida a desvanecerse, de un goce pleno. La jaqueca es ya muy fuerte. Dentro de poco llamarán a la puerta. Alguien llegará.

La soledad se quebrará en presencias supuestas.

XX. “DE LA CRISÁLIDA DEL LIMO ESCAPARÁ LA MARIPOSA”, Benjamin Péret, Aire Mexicano.

Hoy, 2 de febrero de 1981, en la ciudad de México. Puede que sea la fiesta de la Candelaria. Es la Candelaria. Los cohetes de fondo. Siempre el ruido luminoso de los cohetes. Que despiertan en la madrugada o acogen en el atardecer.

Caminar por la calle. Cualquier calle tan maltratada por el ruido y la crueldad. El asfalto y los altos edificios que aprisionaron el mito y la leyenda. Dónde quedó la historia, te preguntas. Abajo, muy abajo. Arriba sólo los volcanes, y si es posible, la luz.

Caminas por la calle, sin saber a dónde vas a parar. Pisas sin cuidado las piedras y el polvo que se escapa por las hendiduras. En lo hondo, los gritos reprimidos de los dioses olvidados. Ya no recuerdas nada. Ya no sabes nada. Todo te lo cambiaron. Los lugares sagrados fueron enterrados y ya no guardas la memoria. Tal cual monte que te parece diferente. Quizás allí estaba tu santuario. Pero lo ignoras.

Sigues caminando, porque así entretienes el tiempo de la muerte. Das vueltas cincuenta y dos años y el ciclo se te repite. Todo muere y todo renace. Todo lo purificas por el fuego, todo lo quiebras y rompes en pedazos. Hay sangre y desollados, corazones palpitantes y afiladas obsidianas, reflejos rojizos en la nieve de los volcanes al atardecer.

La luz del invierno limpia la transparencia del aire y reconoces que el cielo es azul y las nubes espesamente blancas. Por debajo siguen las corrientes alternas de tanta agua olvidada. Sobre los canales y el lago, la ciudad de altas torres. Quién siente correr el agua bajo sus pies. Tú ya no.

Las antiguas calzadas que propiciaban el acceso a la, por otra parte, impenetrable y temida Tenochtitlan. Hoy, apenas las reconoces. Tacuba. Atzcapotzalco. Iztapalapa. Tlatelolco.

El polvo y el fuego que daban la razón a la profecía para ti se

convirtieron en la sorprendente pólvora con la que hoy, juegas todavía.

(Los cohetes en lo oscuro del cerro.)

Y no importan las llagas en la piel o el hambre florida para perseguir la luz que se eleva al cielo.

Te preguntas, ¿qué hago aquí?, ¿de dónde vine?, ¿cómo se llama este preciso lugar? Y un día te reconcilias con el difícil paisaje. No era lo que soñabas, pero sombra da cualquier árbol, y también frutos y flores.

El alto valle se extiende por los cuatro puntos cardinales y la frontera de las montañas es dueña de vientos y lluvias. Se alteran las estaciones y los colorines maravillan el invierno arrastrado. La leve flor de la jacaranda apenas se sostiene en la rama, prefiriendo teñir el suelo con reflejos del cielo.

Y tú, que venías del mar, desesperabas de ver el horizonte. Sólo calles y más calles y casas y más casas. Traías contigo tus cuentos y tus relatos, tus historias y tus dioses. Querías hartarte de caminar para olvidarlo todo, para borrarlo todo.

Y lo lograste. Sobre tus recuerdos agregaste otra capa de recuerdos y con ésta prefieres quedarte. No conoces los remordimientos ni la culpa. Ellos —esos ellos que tú bien sabes que están ahí— aflorarán cuando quieran hacerlo. Son como el volcán dormido y la aureola siempre presente de humo que anuncia fuego.

Ahora pisas descuidadamente esta tierra que encierra sangre y semillas que no presientes.

(Los tenues pasos de los ancianos ya no levantan eco.)

Pero este tu caminar inquieto te llevará, algún día, al lugar exacto y sabrás, entonces, que el rito empieza de nuevo.

Año calli. Año tochtli. Año ácatl. Año técpatl.

XXI. RESTROPECCIÓN

¿Te acuerdas de ti entonces? Es decir, de mí. Diálogo entre yo ahora y yo entonces. Cuando tienes la urgente necesidad de que aquello que ya pasó no desaparezca, de dejar constancia, de inscribir tu nombre, soldado romano, en columna y pared de ciudad conquistada, en inútil esfuerzo para que nadie sepa quién eras pero sí que viviste entonces y que fuiste, como el que te lee, parte del ciclo de la vida y la muerte, y que tu nombre siga sonando para quien lo pronuncie en voz alta, de cuando en cuando.

Y bien, así yo, no quiero perder, no lo que ya se perdió, sino el recuerdo que sigue vivo, impreso en obsesiva circunvolución cerebral. Como cinta grabada, para atrás y para adelante se mueven los recuerdos y sólo pervives por la memoria que de ti guardan los vivos, al igual que supiste adivinar, tú, guerrero, al acuchillar la piedra, o tú, muerto, de cualquier cementerio con tu nombre para siempre.

De pronto, viene la imagen lejana. Tu cara de niña, ese pelo rubio rizado, ojos azuliverdes ya con una mirada nostálgica por lo que habías perdido y por lo que ibas a perder, si muchos años después no lo rescatabas del olvido. Esa especie de soledad gustada, ese saber vivir hacia dentro, ese haber aprendido el juego de jugar contigo y el eterno diálogo interno, sintiéndote a gusto, con tus recuerdos y los de tus padres y la presencia y compañía, que habría de ser para siempre, de tu hermano muerto.

Seis años sin que conocieras un niño, en total paraíso, en mitad del campo, aprendiendo nada más a vivir contigo, a recibir el sol, a levantar la cara cuando llovía y a sentir las gotas resbalando por el cuerpo. A acariciar los animales y a oler los hueledenoche. A ver arar la tierra y a oír a los campesinos: "Sube Platero", "Baja Platero", "Este güeicito es más haragán."

Luego, sentir en carne propia la pérdida del paraíso y pensar —estar segura— durante años que volverías a recobrarlo y seguir soñando en vano, mientras tanto, en alta ciudad encerrada, montañas y volcanes implacables vigilantes, sin poder oler el mar, sin poder tener aquel lugar, aquella islita dentro de la isla, donde sólo tú ibas y que era tu pequeño refugio, un claro en el monte, entre la maleza y una alta palmera a cuya sombra te sentabas y

permanecías un buen rato, quieta, en paz, sintiéndote parte del todo.

Prisionera después en la alta y separada ciudad no dejabas de pensar en el retorno, en recobrar la unidad perdida, en volver a tu verdadero estado. A veces, esas ansias se igualaban a las de quienes habían perdido sus hogares y sus patrias, porque tú sólo habías vivido en tránsito y no conocías la permanencia.

Huyendo de guerra en guerra escogiste como país propio aquel en que no naciste y en donde no habías vivido, ni habrías de conocer. Hoy, cuarenta años después, qué importa ya si nunca volviste al lugar de origen.

Perdí el paraíso, que fue perder la isla de la palmera, pero no perdí tan pronto la idea del retorno, aunque también la habría de perder, sí en la realidad, no en la imaginación. El día que fue tanta la distancia, ni siquiera mares, ni aires, ni tierras, sino una total separación, un total desconocimiento, la absoluta diferencia, ya no fue posible pensar en el retorno, el anhelado. Y me quedé sin nada, salvo la desesperación aferrada a los recuerdos. Un vivir ni aquí ni allí, atópico y anacrónico. Nepantla. Entonces, llenar y llenar páginas con más palabras que escribiera el soldado escueto sobre la columna del desierto conquistado, la pared del templo profanado.

Si el mundo externo no coincide con el interno, pues buscar uno nuevo, sin barreras ni fronteras, fuera tiempo y espacio, fuera todo lo que estorba, el constante ajetreo diario, el ir y venir sin sentido, el empujar y atropellar, la falta de paisaje, de mar, de isla de palmeras, de silencio y de recogimiento. Quedarse con lo que permanece, lo que verdaderamente es, la inmutable esencia de las cosas, aun atrapar el sueño y fijar la imagen, el río sin llegar al mar, la vida sin terminar, el escrito sin punto.

Luchamos, desde que lo perdimos, por recobrar el estado perfecto, creamos y creemos utopías y religiones y, en angustia, poesía. Lo que no queremos reconocer es la absoluta negación, el dolor inconsolable de que el paraíso nunca existió, de que no perdimos lo que no tuvimos, de que todo lo inventamos, porque nuestro límite final es atroz pesadilla en sueño de Dios. Que nos hemos engañado con la creencia en la altura para así olvidar nuestra bajeza. Que es constante nuestra ignominia, y nuestro sufrimiento y nuestro debatirnos en ciegas ciénagas. Que inventamos los opuestos y cómodamente nos regodeamos en ellos. Luego, si surge el iluminado, lo matamos, aunque escribamos en letras de oro sus palabras y las repitamos cada día, que sí sabemos y

sí entendemos pero no per-donamos la claridad. Caínes somos desde el nacimiento, ofendidos y humillados al vivir, que del golpe de luz no nos reponemos. Tanto mejor permanecer en el oscuro claustro materno, en silencio y solos.

Pero siempre volver al origen e igualar cuna con tumba. De una oscuridad ir a la otra oscuridad. Preguntar lo que no tiene respuesta. Buscar lo que no existe. Hacer ciencia la retrospección y poesía la confusión.

Caminar a tientas, solamente a tientas, con mano extendida, vacilante, por este oscuro mundo que nos envuelve en piadosos rayos de luz.

Entonces, sacas de ti, de mí, de la profundidad sin fin, del caos y de lo informe, pequeños momentos que te salvan, porque no puedes vivir sin salvación, no puedes infinitamente golpearte contra negras cuadradas paredes, tienes que abrir los ojos alguna vez y soportar el preciso dolor de la luz.

Es así como empieza la retrospección.

Contenido

I. SOBRE EL UNICORNIO 7

II. EN EL NOMBRE DEL NOMBRE 11

III. EL SARCASMO DE DIOS 14

IV. LA OFRENDA MÁS GRATA 17

V. LA GRAN DUQUESA 19

VI. YOCASTA CONFIESA 22

VII. TLAMAPA 25

VIII. SALICIO Y AMARILIS 30

IX. PIRAMIDAL, FUNESTA SOMBRA 32

X. CRISTIANO CABALLERO 35

XI. VENTURA DEL INFANTE ARNALDOS 38

XIII. EL PRISIONERO 45

XIV. BREVE MUNDO 47

XV. EL TELÓN DEL SUEÑO 50

XVI. HUERTO CERRADO, HUERTO SELLADO 54

XVII. LA AÑORANZA 57

XVIII. VAGAMENTE, A LAS CINCO DE LA TARDE 58

XIX. LA VIDA NO TIENE FÁBULA 60

XX. "DE LA CRISÁLIDA DEL LIMO ESCAPARÁ LA MARIPOSA", Benjamin Péret, Aire Mexicano. 63

XXI. RESTROPECCIÓN 65

Editado por Editorial Grupo Destiempos
www.grupodestiempos.com

México, D.F.